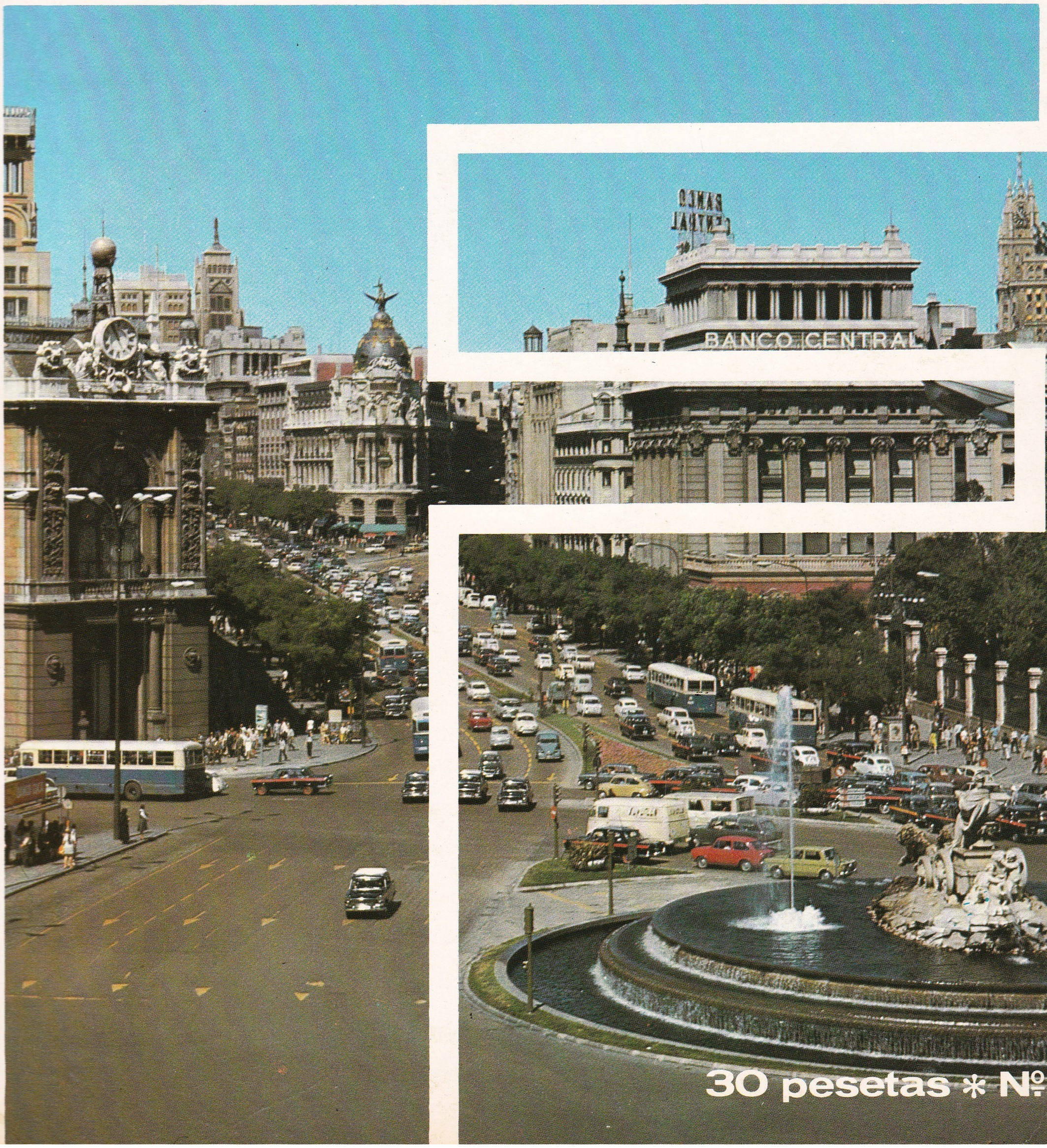
FRANCISCO FRANCO

UN SIGLO DE ESPAÑA

NU SE
IMPRUMUTA
ACASA



Y MANUEL AZA

30 pesetas * Nº15

FRANCISCO FRANCO
UN SIGLO DE ESPAÑA

Una biografía crítica trazada sobre las últimas etapas de nuestra historia.

ESCRITA Y DIRIGIDA POR:

RICARDO DE LA CIERVA

Profesor de la Universidad de Madrid

con la colaboración de un equipo investigador y realizador

DIAGRAMACION Y DIRECCION ARTISTICA:
Balboa

REALIZACION TECNICA:
Mariano Blanco

una producción de
EDICIONES EN

Apartado de Correos 14.830 - MADRID

En cabeza de serie de sus LIBROS DE CHOQUE

Esta publicación consta de CINCUENTA Y DOS fascículos, de aparición semanal, encuadernables en DOS TOMOS. Las correspondientes tapas aparecerán conjuntamente con el último fascículo de cada tomo. En las contraportadas de los 52 fascículos se ofrece un resumen cuantificado y gráfico de la evolución socioeconómica de España y de cada una de sus cincuenta provincias a lo largo de los últimos ochenta años, con imágenes de las realizaciones más destacadas de la posguerra y de las estancias del jefe del Estado en cada provincia. Con el conjunto de estas páginas podrá encuadernarse una síntesis númerica e ilustrada de lo que han significado para España los últimos ochenta años de su historia.

FUENTES GRAFICAS

Para la ilustración de este fascículo se han utilizado los servicios de los siguientes fondos, archivos, agencias y profesionales:

Academia General Militar, Zaragoza / Cifra, Madrid / Hemeroteca Municipal, Madrid / Instituto Nacional de Industria, Madrid / Ministerio de información y Turismo, Madrid / Portfolio Fotográfico de España, Barcelona / Santiago, Madrid / Servicio Histórico Militar, Madrid.

Copyright © by Editora Nacional MADRID
Depósito Legal: M. 30.781 - 1972 Imprime Printer industria gráfica, sa Tuset, 19 Barcelona San Vicente dels Horts 1973, sobre papel fabricado conjunta y expresamente para esta obra por Sarrió C.P.L., S.A. - Leiza (Navarra) y Torras Hostench (Barcelona)

ISBN 84-276-1084-x (fascículos)
ISBN 84-276-1083-1 (Obra completa)

SUMARIO

EN ESTE NUMERO

FRANCISCO FRANCO Y MANUEL AZAÑA
EL GABINETE NEGRO
EL HUNDIMIENTO DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR
LA RENUNCIA A LA GUERRA
1932: FRANCO EN LA CORUÑA
EL DIEZ DE AGOSTO
DESPUES DEL DIEZ DE AGOSTO

MARGINALIA

EL ANATEMA DE MOLA CONTRA AZAÑA
UN GRANDE DE ESPAÑA TESTIGO A LAS PUERTAS DEL GABINETE NEGRO
Versión de Azaña
EL DIEZ DE AGOSTO
EL ULTIMO ARTICULO FIRMADO POR FRANCO
DOS VERSIONES PARA UNA ENTREVISTA

EN EL FASCICULO ANTERIOR

LA ULTIMA BANDERA BICOLOR
LA "PROLONGACION BANCARIA" DEL "PODER PERSONAL"
LA OFENSIVA REPUBLICANA Y EL DESPLIEGUE DE LOS CADETES
¿IRONIA EN LA DESPEDIDA MILITAR DEL REY?

EN EL PROXIMO FASCICULO

LA TENTACION Y LA REVOLUCION
UNA CARRERA QUE SE DERRUMBA
LA PERSPECTIVA MALLORQUINA DE FRANCO
LA PLEAMAR DERECHISTA
EL SUICIDIO DEL SOCIALISMO ESPAÑOL
ROJOS Y AZULES EN EL MEDITERRANEO
LA REPUBLICA LLAMA AL GENERAL FRANCO

CRONOLOGIA

1931. **14 de abril:** Manuel Azaña es nombrado ministro de la Guerra.
16 de abril: las 8 banderas de la Legión forman ante Sanjurjo para expresar su acatamiento a la República, pero sin su jefe, el coronel Juan José Liniers.
21 de abril: el general Emilio Mola queda detenido en espera del proceso por responsabilidades.
23 de abril: decreto llamado de "sumisión". Azaña exige de cada militar una promesa de acatamiento a la República.
25 de abril: Azaña designa a Sanjurjo alto comisario en Marruecos.
junio: se anuncian elecciones para Cortes Constituyentes. José Antonio Primo de Rivera se lanza a la conquista electoral.
Congreso de la C.N.T. en el teatro del Conservatorio de Madrid.
16 de junio: se suprimen las Capitanías Generales y Regionales.
30 de junio: decreto de supresión de la Academia General Militar.
4 de julio: Mola sale de Prisiones Militares con libertad bajo palabra.
14 de julio: clausura de la Academia General Militar y discurso de Franco.
Inauguración de las Cortes Constituyentes.
Destitución del capitán general de Cataluña, Eduardo López Ochoa.
22 de julio: Azaña firma una reprensión al general Franco por su discurso.
14 de agosto: Franco llega a Madrid para presentarse a Añaza y tiene que esperar una semana para ser recibido.
3 de septiembre: Azaña suprime el Consejo Supremo de Justicia Militar.
21 de septiembre: Queipo de Llano denuncia a Azaña una posible "sanjurjada".
29 de septiembre: el ministro Francisco Largo Caballero publica la ley de Contratos de Trabajo.
En este mes nace la U.M.E., Unión Militar Española.
14 de octubre: tras la dimisión de Alcalá Zamora y de Miguel Maura, Azaña forma su primer Gobierno.
9 de diciembre: queda promulgada la constitución de la II República.
10 de diciembre: don Niceto Alcalá Zamora es elegido primer presidente de la II República.
1932. **1 de enero:** insurrección campesina en Castilblanco.
19 de enero: Azaña ordena al general Batet que reprima con todo rigor la sublevación del valle del Llobregat.
23 de enero: queda disuelta por decreto la Compañía de Jesús en España.
4 de febrero: Sanjurjo toma posesión como director general de Carabineros.
21 de febrero: Franco es destinado a La Coruña, como jefe de la XV brigada de Infantería.
27 de junio: incidente de Carabanchel entre militares pro y antirrepublicanos; Azaña destituye a los tres generales implicados, Caballero, Villegas y Goded.
10 de agosto: el general Sanjurjo da en Sevilla el grito de rebelión contra la República de Azaña (la sublevación fracasa en el resto de España).
15 de septiembre: don Niceto Alcalá Zamora firma en San Sebastián el estatuto de la Cataluña autónoma.
17 de septiembre: visita de Azaña a La Coruña; es recibido por las autoridades, entre las que figura Franco.
18 de septiembre: Azaña y Casares Quiroga visitan El Ferrol; Franco permanece en La Coruña.
23 de septiembre: Azaña crea el Instituto de Reforma Agraria.
20 de diciembre: el ministro catalán Carner publica la ley de Impuesto sobre la Renta.
1933. **enero:** ascenso de Hitler al poder.

ADICION BIBLIOGRAFICA AL FASCICULO 15

Para la redacción de este capítulo se han consultado, además de las obras señaladas con los números **2, 10, 15, 23, 24, 51, 86** *y* **89** *en relaciones anteriores, las siguientes:* **119.** *Arrarás Iribarren, J.:* Historia de la Segunda República española. *Madrid, Editora Nacional, 1963* /**120.** *Arrarás Iribarren, J.:* Memorias íntimas de Azaña *(3.ª edición). Madrid, Ediciones Españolas, 1939* /**121.** *Azaña, M.:* Obras completas. *Méjico, 1.ª edición, Ediciones Oasis, 1966* / **122.** *Esteban Infantes, E.:* La sublevación del general Sanjurjo. *Madrid, Imprenta Sánchez Ocaña, 1933* /**123.** *Gil Robles, J.M.:* No fue posible la paz. *Barcelona, Editorial Ariel, 1968* /**124.** *Jackson, G.:* The Spanish Republic and the Civil War. *Princeton, University Press, 1965* /**125.** *Madariaga, S. de.:* España. *Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1962* /**126.** *Malefakis, E.:* Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX. *Barcelona, Editorial Ariel, 1970* /**127.** *Maura, M.:* Así cayó Alfonso XIII. *Barcelona, Editorial Ariel, 1968* /**128.** *Payne, S.G.:* La Revolución Española. *Barcelona, Editorial Ariel, 1971* /**129.** *Primo de Rivera, J.A.:* Obras Completas. *Madrid, Ediciones del Movimiento, 1950* /**130.** *Ramos Oliveira, A.:* Historia de España. *Méjico, Compañía General de Ediciones, s.a.* /**131.** *Salas Larrazábal, R.:* Historia del Ejército Popular de la República *(Vol. I). Madrid, Editora Nacional, 1973 /.*

BIBLIOTECA JUDEŢEANĂ "PANAIT CERNA" TULCEA
SECŢIA LIMBI STRĂINE

Biblioteca Judeteana

FRANCISCO FRANCO Y MANUEL AZAÑA



Manuel Azaña o la soledad. Esta es la certera conclusión, el resumen total del primero de sus biógrafos sin pasión, Emiliano Aguado. Nadie comprendió a ese gran hombre frustrado: tal vez, ni siquiera él mismo. Su sombra va a cruzarse trágicamente en la carrera de Franco: Franco y Azaña serán, por primera vez en trece siglos, jefes de Estado de dos Españas hostiles a muerte.



1. —El edificio de la Presidencia del Gobierno, en el número 1 del paseo de la Castellana, que conserva, hoy, buena parte de la decoración restaurada por Azaña.

2. —Una ensombrerada multitud barcelonesa espera en la plaza de San Jaime a que don Francisco Maciá proclame, a primera hora de la tarde del 14 de abril, la República. Luego se vio que no se trataba exactamente de la misma república por la que clamaba el pueblo de Madrid; pero el género venció a la especie y todo se pudo arreglar a tiempo... hasta 1934, en que se desarregló definitivamente y en la misma plaza de las impaciencias de la izquierda catalanista.

3. —La presencia de Miguel Maura domina a sus compañeros en la primera *pose* de los prohombres republicanos para la Historia. Azaña, en la extrema izquierda de la foto (a pesar de que siempre fue, en el fondo, un burgués derechista) se ladea; Alvaro de Albornoz sigue sin creerse nada; don Niceto comienza a erguirse como si fuese a soltar el primero de sus párrafos interminables; Largo Caballero emerge, asombrado también, tras el bien cortado hombro de don Miguel; el profesor Fernando de los Ríos otea filosóficamente hacia el centro y Lerroux ocupa, sin perderse un símbolo, la extrema derecha del espectador.

4. —El Gobierno provisional de la República; de izquierda a derecha: Diego Martínez Barrio (Comunicaciones), Alvaro de Albornoz (Fomento), Francisco Largo Caballero (Trabajo), Miguel Maura (Gobernación), Alejandro Lerroux (Estado), Niceto Alcalá Zamora (Presidencia), Luis Nicolau D'Olwer (Economía), Fernando de los Ríos (Gracia y Justicia), Indalecio Prieto (Hacienda), Marcelino Domingo (Instrucción Pública), Manuel Azaña (Guerra), Santiago Casares Quiroga (Marina).

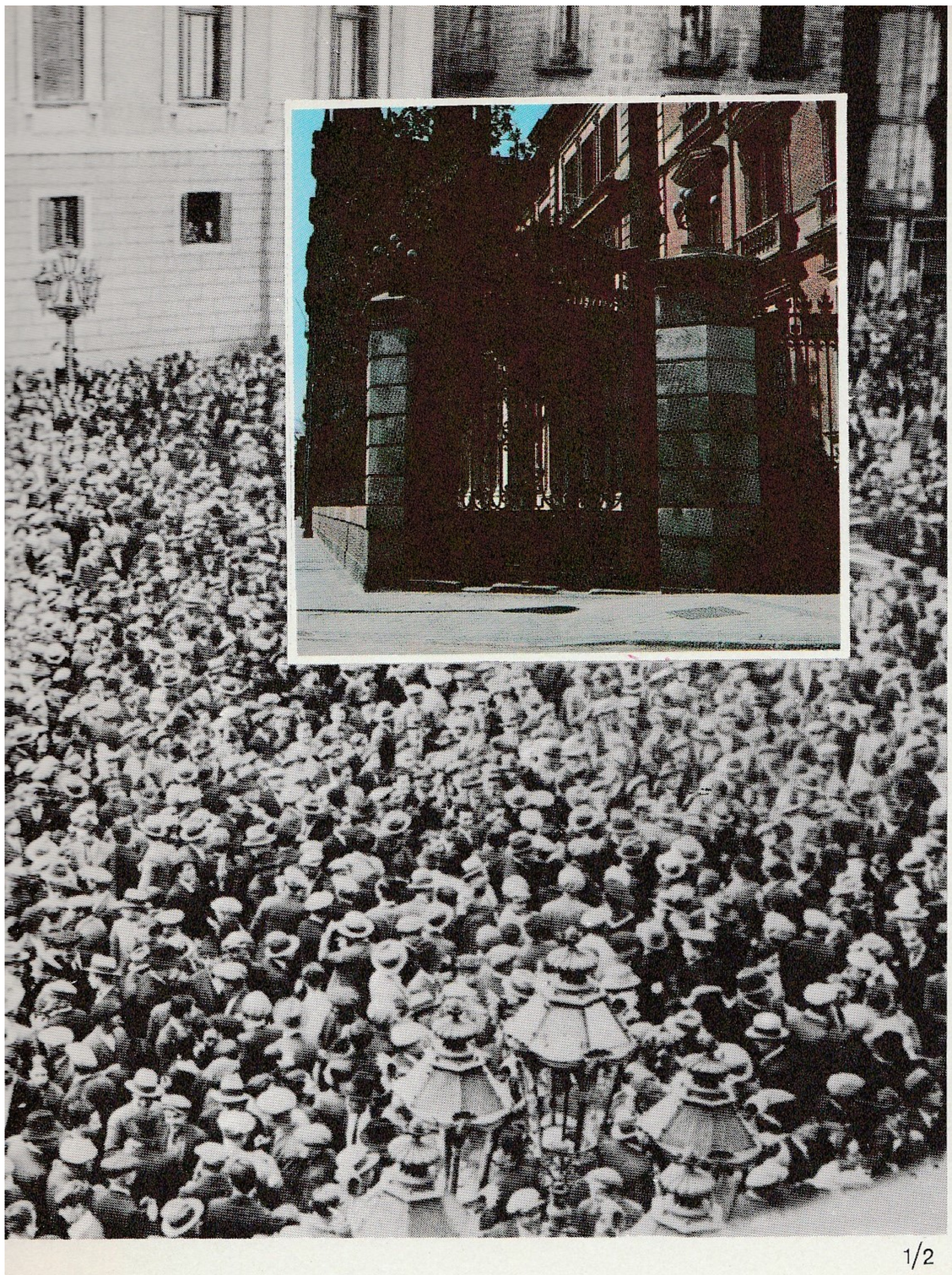
FRANCISCO FRANCO Y MANUEL AZAÑA

Mientras fuera de la ley, pero no contra ella, la última bandera bicolor seguía desafiando, en la Academia de Franco, a la primavera republicana, el régimen de abril soluciona con habilidad y patriotismo las exageraciones catalanistas de la primera hora (ministros catalanes y no catalanes viajan a Barcelona y logran calmar al apresurado teniente coronel don Francisco Maciá) y decide enfrentarse, ante todo, con el primero de los grandes problemas institucionales pendientes: el problema militar. El portavoz de la República para este gravísimo asunto es un oscuro político alcalaíno, de poco más de cincuenta años, funcionario de la Dirección General de Registros y militante del reformismo manárquico, al que abandonó tras sus fracasos electorales y como protesta por el advenimiento de la Dictadura: don Manuel Azaña. El profesor Pabón inicia su magistral estudio del «bienio jacobino» —1931-1933— con una cita de Crane Brinton: «La Revolución... necesita de una condición plena y capital: que el intelectual garantice la utopía.» Desde una cómoda segunda línea del avance republicano, los intelectuales de la «Agrupación» seguían amparando con su prestigio las primeras andaduras del régimen: pero el intelectual de choque destinado a garantizar las ilusiones de abril no era otro que don Manuel Azaña, pronto conocido como «revelación» y aun «encarnación» de la República. Hay que analizar a fondo su figura histórica: porque la historia de los años treinta en España va a concentrarse poco a poco en el enfrentamiento del ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional con nuestro biografiado, el general Franco. Uno y otro serían jefes de Estado de las dos Españas reales y enemigas en que, por primera y ojalá única vez, se había concretado la intuición histórica de nuestros primeros pensadores contemporáneos.

El Gabinete Negro

Jesús Pabón y Salvador de Madariaga se transmiten la famosa cita de Miguel de Unamuno sobre Manuel Azaña: «Cuidado con Azaña. Es un escritor sin lectores. Sería capaz de hacer la revolución para que le leyeran.» En aquella República de improvisadores se encomendó a Manuel Azaña la cartera de Guerra por su libro de 1918, los *Estudios sobre política francesa*, que solamente comprendían el primer tratado: un análisis discutible, pero profundo, sobre la política militar del país vecino. Azaña no había recatado su segunda intención al escribir ese libro olvidado: su auténtica preocupación eran los problemas de la política militar española. En las jornadas que siguieron al 14 de abril se agotó la invendida edición, y los militares españoles leyeron con aprensión las frases de su nuevo ministro: «...la inevitable supresión del ejército permanente es una ganancia absoluta, un bien puro, sin mezcla de mal alguno. En España es todavía más: abolir el sistema militar vigente es una cuestión de vida o muerte... Realiza además el Ejército, por la misión que se le ha dado en España, una obra de corrupción política...»

La preparación puramente teórica en política militar comparada se correspondía, en Azaña, con una información técnica sumamente elemental: Payne ha criticado con dureza los graves desenfoques del nuevo ministro, que en plenos años treinta negaba excesiva importan-



1/2





3/4

cia a la aviación de guerra y carecía de base para orientar los complejos problemas de la economía castrense, no se diga de la logística. No hay en todos los escritos de Azaña una sola idea que merezca el nombre de estratégica, fuera de los imprudentes ensueños intervencionistas sobre la política interior de Portugal y de Cuba. Y lo peor es que semejantes vacíos personales no se corrigieron, sino que se agravaron hasta el paroxismo político por la actitud despreciativa del ministro hacia el Ejército y por su desdichada selección de colaboradores en el seno de las fuerzas armadas.

Un texto que resume a otros muchos es el de los cuadernos nocturnos de Manuel Azaña del 5 de noviembre de 1931: «Lo peor del Gobierno es hallarse a la merced de la estulticia de los colaboradores... De nada me sirve hacer una organización si no tengo quien la maneje. Ahora mismo debería destituir a los tres inspectores generales; pero no tengo con quien sustituirlos. El Consejo Superior de la Guerra no puede ser provisto con gente capaz.» (Este adjetivo mueve a Azaña a un duro comentario sobre el «coronel del mismo apellido», jefe de Intervenciones, cuyos relevantes méritos africanos ignora totalmente y al que acaba de destituir.) Hay quien atribuye el resentimiento antimilitarista de Azaña a su temprana expulsión, por razones inconfesables, de la Academia de Artillería en Segovia; pero se trata, como el interesado apunta con razón, de una vulgar «paparrucha». No; Azaña trataba al Ejército con el mismo soberbio desdén a que su falta de comunicación política y humana le despeñaba respecto de todas las demás instituciones; jamás un gobernante español ha desperdiciado un talento político y una oportunidad política —uno y otra excepcionales— como don Manuel Azaña. Véase, por ejemplo, cómo trata, el 16 de noviembre, a sus íntimos del Ateneo madrileño: «En aquella casa no se hacen más que tonterías desde que yo no puedo presidirla personalmente.»

Lo primero que hace el nuevo ministro de la Guerra es rodearse de un equipo omnipotente de colaboradores militares, que se instalan en lo que el comandante Carlos Martínez de Campos, destinado en el Estado Mayor del Ministerio, llama «el antedespacho de la Superioridad». Otros comentaristas de la época, menos caritativos que el gran historiador y testigo providencial, prefieren usar expresiones como «gabinete negro» o «camarilla del ministro». El jefe del gabinete militar de Azaña era el comandante de Artillería don Juan Hernández Saravia, cuya fallida gestión ante el rey en 1926 conocemos; otros miembros destacados fueron los comandantes Leopoldo Menéndez, Pastor, Riaño y Jiménez Orge, los capitanes Salinas (uno de los héroes oficiales de Jaca), Ordiales y Pedro Romero; y los ayudantes de Azaña, como el propio Menéndez y el comandante Peire. Antes de acabar el año 1931, es el propio Azaña quien dedica durísimas críticas a su gabinete militar, al que acusa de partidismo y «satisfacción de enconos». Ya era tarde para lamentaciones. Las autocríticas de Azaña coinciden extrañamente con los implacables ataques del general Emilio Mola, quien culpa al gabinete de la politización resentida del Ejército ante la República y le identifica como la reencarnación de los junteros y demás amargados de la Monarquía y la Dictadura.

«Azaña sabía que una importante mayoría del Ejército no era afecta a la República», dice Carlos Martínez de Campos; y por eso trata de asegurarse la



1

colaboración de varios generales-clave: Sanjurjo, al que se confirma en la Dirección General de la Guardia Civil; Ruiz-Fornells, al que se mantiene durante meses en el puesto de subsecretario del Ministerio de la Guerra, y Manuel Goded, para quien Azaña restaura el suprimido Estado Mayor Central. El comandante Ramón Franco dirige los servicios de Aeronáutica, lo que no le impide participar activamente, sobre todo después de su rápido cese, en la permanente conjuración anarquista, que muy pronto considera a la República tan enemiga como al régimen anterior. Precisamente para reprimir un intento anarquista en Andalucía y Marruecos, Azaña designa alto comisario accidental a Sanjurjo por orden del 25 de abril. El marqués del Rif saluda a su ejército de Africa con una orden del día en la que habla del «empuje avasallador de la soberanía nacional». Las unidades africanas, lo mismo que las peninsulares, habían prestado inmediatamente el acatamiento a la República exigido por el Gobierno. El 16 de abril, las ocho banderas legionarias formaban solemnemente para expresar ese acatamiento, pero sin su jefe; el coronel del Tercio, Juan José de Liniers y Muguiro, acababa de solicitar el retiro, que se le concede fulminantemente el día 17.

La designación de Sanjurjo para la Alta Comisaría acaba con los rumores que señalaban al general Franco para ese mismo puesto: en el *ABC* del 18 de abril se apuntaba la noticia, desmentida inmediatamente por el director de la Academia General Militar en carta del mismo día que no necesita comentarios:

«Ni el Gobierno provisional ha podido pensar en ello, ni yo había de aceptar ningún puesto renunciable que pudiera por alguien interpretarse como



2/3

complacencia mía anterior con el régimen instaurado o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza o reserva con el cumplimiento de mis deberes o en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico. Por otra parte, es mi firme propósito respetar y acatar, como hasta hoy, la soberanía nacional, y es mi anhelo que ésta se exprese por sus adecuados cauces jurídicos.»

El 21 de abril, el general Emilio Mola se presenta en el Ministerio y queda detenido en espera de un proceso por responsabilidades. Seguramente los rumores sobre su destino —quizá un globo-sonda del *ABC*— impulsan a Franco a presentarse protocolaria y fríamente ante Manuel Azaña antes de terminar el mes de abril; Azaña lo recuerda como dato casi lejano en su diario del 21 de agosto. Pronto se apagaron los rumores personales ante la explosión de graves noticias que afectaban a la totalidad del Ejército; las insinuaciones, filtradas seguramente adrede desde el gabinete militar, se concretan en los dos famosos decretos de 23 y 27 de abril, sancionados en el otoño como leyes de la República, y archivados en la Historia como «las leyes de Azaña». El decreto publicado en la *Gaceta* del 23 se llamó «de sumisión»; Azaña exige una promesa individual, firmada y ratificada públicamente por cada militar, de acatamiento a la República, pero plantea las cosas de modo



4

1. —El palacio de Buenavista, que da su nombre a un aristocrático distrito madrileño. Sede del Ministerio de la Guerra, albergaba también al ministro y su familia. Don Manuel Azaña fue su primer inquilino republicano.

2-3. —Una página del *ABC* del 18 de abril de 1931 y otra del de tres días después; aún no se ha aclarado si la inserción de Franco entre la nueva ola republicana fue un despiste o un sondeo. La foto y el pie motivaron dura respuesta del interesado.

4. —Era cierta, en cambio, la noticia del nombramiento de otro Franco, Ramón, para la jefatura superior de la Aeronáutica militar. De paisano pasa revista (no muy formal) a sus huestes del aeródromo de Getafe.

EL ANATEMA DE MOLA CONTRA AZAÑA

El choque de Franco con Azaña fue indirecto y oblicuo; y, sobre todo, secreto. El enemigo público, implacable, de Manuel Azaña como ministro de la Guerra en el primer bienio republicano no fue Franco, sino Mola. Este es el anatema de Emilio Mola —a quien Manuel Azaña había detenido, juzgado y arrebatado la carrera militar en abril de 1931— contra Manuel Azaña, escrito tras la caída del gobernante, en 1933, y publicado en 1934, dentro de un libro esencial y apasionado: *El pasado, Azaña y el porvenir.* **Lo verdaderamente importante de estos párrafos es que ellos se convirtieron, en 1936, en el evangelio político de los conspiradores y de los rebeldes contra el Frente Popular acaudillado, aunque sólo fuera nominalmente, por Manuel Azaña. Y en la interpretación histórica vigente muchos años en la España de la postguerra civil. Entre ellos, y dentro de una cita de César González Ruano, aparece Azaña calificado por primera vez como «monstruo»:**

«Proclamada la República, todo el elemento armado la aceptó sin reservas. Se ha discutido mucho sobre si ésta debió ser o no la conducta a seguir. Yo entiendo que, acatados por el Gobierno e incluso por el rey los que, con grandes visos de realidad, parecían ser los deseos del pueblo español, no cabía otra actitud. Nadie debe olvidar que tanto el Ejército como la Marina del pueblo salen y al pueblo se deben: son el pueblo mismo. Y éste, precisamente éste, es su mayor orgullo.

Desaparecida la Monarquía, a pesar de la actitud correcta del Ejército durante las jornadas del 13 y 14 de abril y de las espontáneas manifestaciones de adhesión al nuevo régimen que por parte de muchos militares, y aun de guarniciones enteras, siguieron a la marcha del rey, el encono de la opinión pública contra las instituciones armadas se hizo más patente, adquirió mayor violencia. Ello obedeció a la creencia equivocada de que éstas habían sido el más firme sostén de cuanto acababa de desaparecer y las únicas capaces de darle nueva vida. Tan falso concepto no podían en forma alguna compartirlo las personas que se hicieron cargo del poder. Sin embargo, se permitió por los elementos sensatos del Gobierno provisional fuera a encargarse del Ejército un individuo que, si bien años antes había publicado un libro exponiendo ideas de otros sobre asuntos militares, era evidente se hallaba ayuno de todo cuanto con la milicia tuviera relación.

Debió confiarse tal misión a persona que, por su inteligencia despierta, su acendrado patriotismo e imparcialidad, pudiera haber realizado una labor constructiva, dentro de los límites impuestos por la política militar de la República. Desgraciadamente, el encargo fue a parar a un hombre que, sobre no reunir las cualidades expresadas, efecto de haber pasado la mayor parte de su vida entre las salvaderas y el balduque de cierta covachuela del Ministerio de Gracia y Justicia sin lograr la aureola de popularidad a que se consideraba acreedor como intelectual —pomposo título este último que, a falta de otros, suelen otorgarse los pedantes a sí mismos para satisfacción de su vanidad— y ni aun siquiera un mediano éxito editorial en sus publicaciones literarias, fue poco a poco saturando su corazón de otros sentimientos muy distintos a los que necesita un gobernante cualquiera y en mayor dosis el llamado a regir un organismo como el Ejército, cuyo prestigio radica en su fuerza moral, y ésta en el amor de todos, y muy especialmente en el de quienes están llamados a organizarle, regirle y utilizarle.

Don Manuel Azaña, hombre frío, sectario, vanidoso y con más bagaje de odios que de buenos deseos, desde el mismo instante que tomó posesión del Palacio de Buenavista se dio a la tarea de 'triturar' el Ejército; más todavía: de pulverizarlo. Sería injusto si dejase de consignar que sus primeros medidas fueron tomadas con el beneplácito de sus compañeros de Gobierno y obedecieron a un plan político previamente acordado en el seno del comité revolucionario. Es posible que en la actualidad algunos de los que con el señor Azaña compartieron la responsabilidad en los primeros meses de República —de ello hay bastantes pruebas— estén arrepentidos de haber colaborado en aquellas primeras medidas, ante la obra demoledora y difícilmente reparable que durante su gestión al frente del Ministerio de la Guerra ha realizado el citado ministro, pues ningún político amante de su patria puede aprobar una conducta que nos ha llevado al más lamentable estado de desorganización, indisciplina e impotencia militar. Hay que decirlo bien claro: las llamadas reformas del señor Azaña no pueden reputarse como 'militares', sino como exclusivamente 'políticas', y no han tenido otra finalidad que dar satisfacción a sus sentimientos antimilitaristas y a sus rencores.

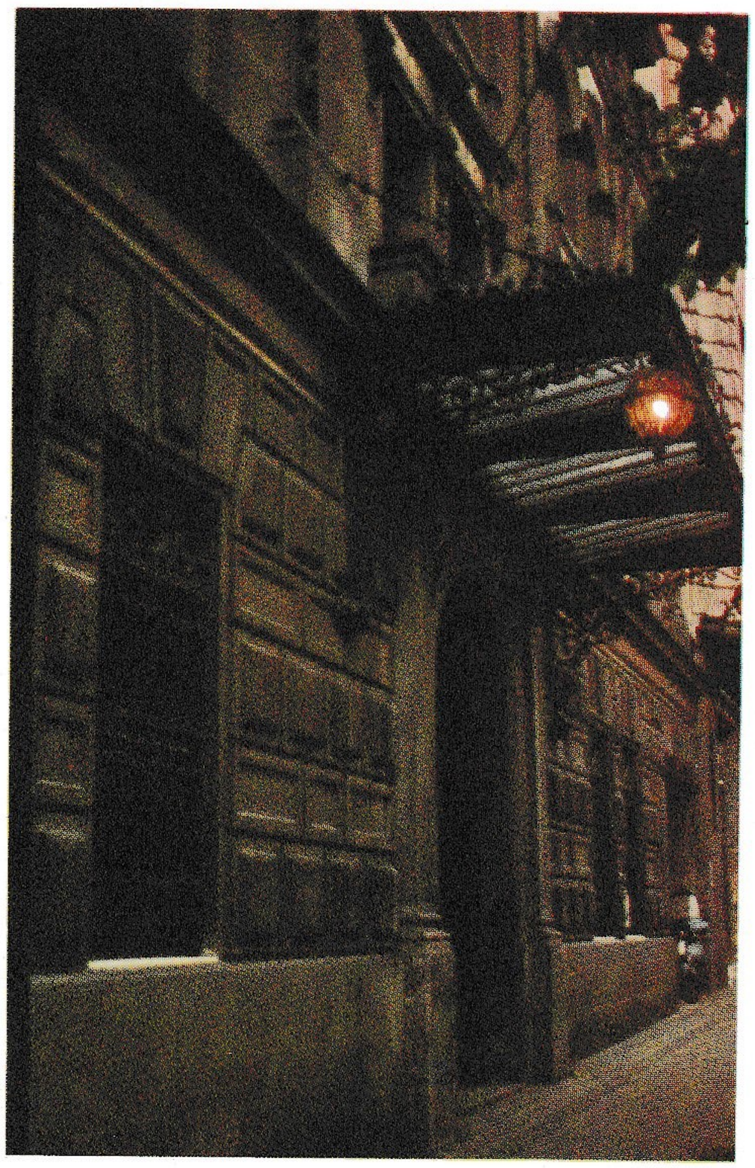
La política de trituración militar, iniciada por el señor Azaña, y seguida después por él mismo con implacable tenacidad, fue acogida con general satisfacción por la opinión pública española. Los que, con fines egoístas e inconfesables, se hallaban interesados directamente en la cosa pública, veían en ella la garantía de que, por muchos que fueran los desaciertos cometidos, jamás podría el pueblo volver sus ojos al Ejército para que, con su fuerza y prestigio, le ayudase a sacudirse de quienes los cometían; los demás se sentían complacidos en ver maltratada la colectividad que tanta antipatía les inspiraba. Cada nuevo latigazo a los militares —que la prensa extremista se apresuró siempre a recoger y comentar con fruición— aumentaba el regocijo del elemento civil; al mismo tiempo, el señor Azaña, en desenfrenada carrera de velocidad, pasaba de ministro improvisado a ser la figura más destacada del Gobierno provisional, y más tarde, para muchos, genial estadista. No hubo hombre alguno en el mundo que, sin más armas que una buena dosis de mala intención y una pluma de acero, lograse, como él, en escaso tiempo, destrozar un ejército, dejándolo convertido en una verdadera piltrafa. Lo sensible del caso es que en esta tarea le ayudaron algunos individuos que vestían uniforme militar, y hasta puede asegurarse fueron éstos quienes le sugirieron determinadas medidas encaminadas a separar del Ejército generales competentes, jefes dignos y oficiales pundonorosos por el solo hecho de no serles simpáticos o haberse negado a colaborar en la revolución.

Esos individuos fueron los que, desde el primer momento, integraron un organismo de la invención del señor Azaña, que se designó oficialmente con el nombre de 'gabinete militar', aun cuando en los cuartos de banderas y estandartes fuera más conocido por el de 'gabinete negro'.»



1. —El último director general de Seguridad de la Monarquía, general Mola, no podría vestir el uniforme desde el 21 de abril —fecha de su detención por la República— hasta mediado el año 1934. Pero supo lucir con garbo insospechado atuendos civiles como el de esta fotografía.

2. —La casa de Prensa Española, en la calle de Serrano, donde se editaba y se edita el gran diario nacional *ABC*. Un malentendido sobre la participación del director del periódico, Juan Ignacio Luca de Tena, en una reunión monárquica provocó a primera hora de la tarde del domingo 10 de mayo una algarada frente al edificio, donde se vertió la primera sangre republicana. Al día siguiente, ardían en España los conventos.



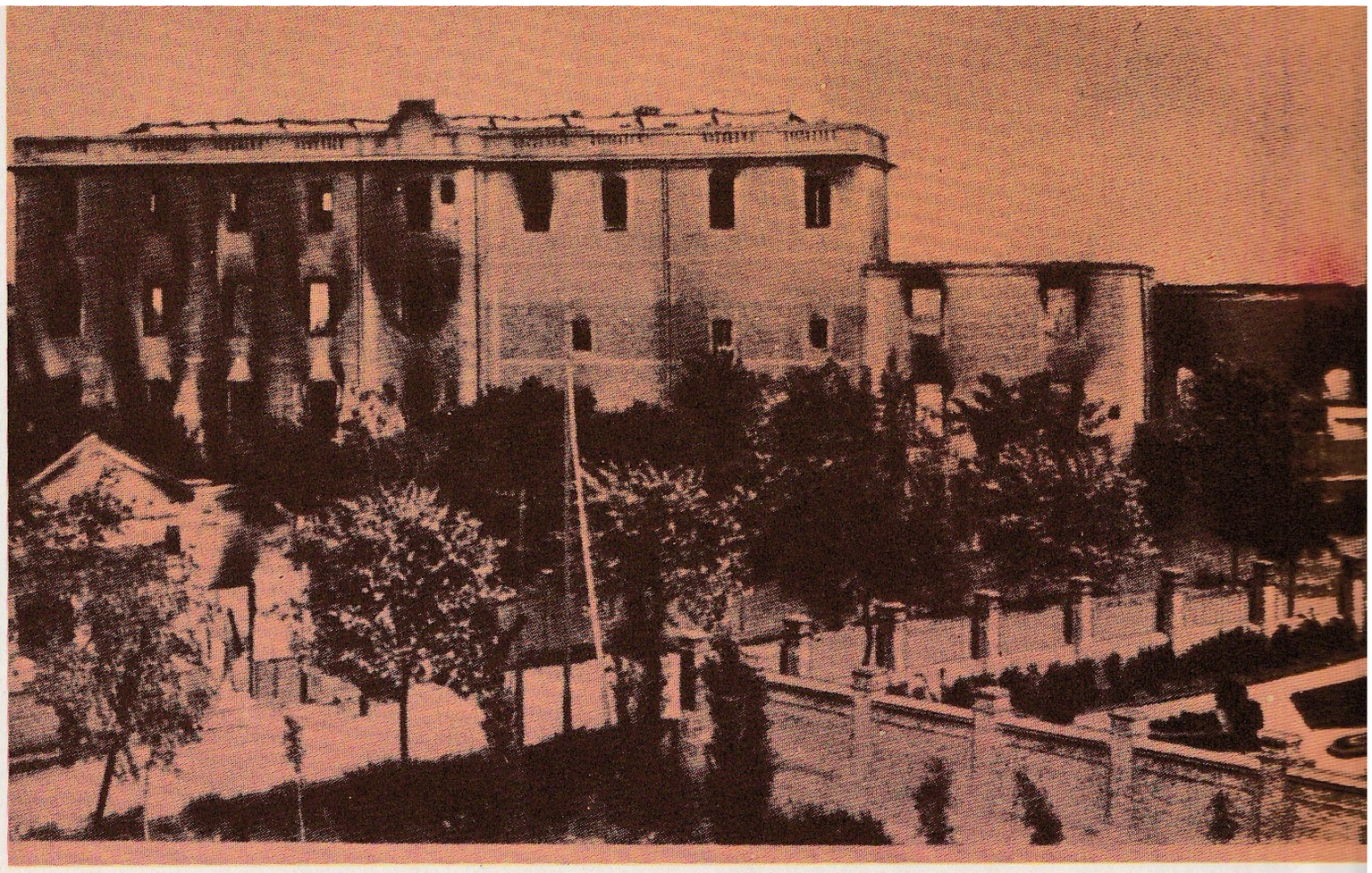
que el motivo de la decisión pudiera presentarse por los interesados como estrictamente profesional, no ideológico. Entre treinta mil generales, jefes y oficiales de las fuerzas e institutos armados no llegaron a treinta los que se negaron a firmar la promesa. «Los únicos que habían sido verdaderamente leales al régimen caído —comenta Carlos Martínez de Campos, quien como Francisco Franco no dudó en proseguir su carrera militar bajo la República— eran los pocos, veinte o treinta entre Ejército y Marina, que se habían negado desde el principio a firmar el simple acatamiento al poder constituido.» Mucho más trascendental para el futuro del Ejército y de España fue el decreto publicado el día 27 de abril, por el que se concedía el plazo de un mes para el pase voluntario a reserva (generales) o retiro (jefes y oficiales) con el sueldo íntegro y el reconocimiento de ciertos ascensos. Se adelantaba la amenaza de cesantía forzosa —sin compensación económica alguna— en caso de no obtenerse la deseada reducción de plantillas. Innumerables militares pidieron, en ese mes angustioso —que hundió la moral del cuerpo de oficiales más de lo que se puede imaginar— consejo al general Franco, quien a todos replicaba que obrasen según su conciencia y conveniencia. Al término del plazo fijado por Azaña, la mitad de los interesados fueron baja en el Ejército activo. Los retirados mantenían aproximadamente la misma proporción de adscripciones ideológicas y políticas que los que se quedaron: los hermanos del mártir de la República, Fermín Galán, pidieron el retiro y un buen grupo de gentilhombres de cámara, entre ellos Franco, siguieron en servicio. Pero, antes de terminar el mes de abril de 1931, muchos militares retirados de derecha empezaron a trabar contactos políticos con dos nuevos movimientos: Acción Española (nacida prácticamente por entonces a impulsos de los monárquicos alfonsinos) y Acción Nacional (luego Popular), que surgió en plena euforia natal de la República al conjuro vaticano del director de *El Debate,* el futuro cardenal Angel Herrera. Numerosos militares retirados de izquierda se adhirieron por las mismas semanas a organizaciones republicanas e incluso extremistas. El sueldo íntegro de las leyes de Azaña les iba a facilitar a todos un tiempo más que suficiente para conspirar.

Si el abril republicano pasó al recuerdo marcado por la alegría incruenta de la tarde del 14 y por las «leyes de Azaña», mayo estaba destinado para siempre a rememorarse como el mes de la «quema de conventos», disimulada púdicamente por Antonio Ramos Oliveira como «saturnales de la libertad», pero estigmatizada con mucha más visión histórica por el trío Marañón-Ortega-Pérez de Ayala como «fetichismo primitivo o criminal». Una docena de templos y conventos arden en Madrid la noche del 11 de mayo; al día siguiente corre por Andalucía y otros puntos aislados del país una traca de imitación paleta, que llega a su colmo en la Málaga republicana, donde el gobernador militar, general García Gómez Caminero, llega a la aberración de presidir el incendio de las obras de Pedro de Mena. No fue menor la irresponsabilidad del Gobierno en Madrid, donde el principal instigador de los incendios perpetrados en pleno día fue el mecánico de Ramón Franco en el *Plus Ultra*, Pablo Rada. No es difícil adivinar la reacción de otro Franco, el general, con sólo recordar una declaración al *Jornal do Brazil* en el mes de enero de 1937:

«La quema de conventos, conocida doce horas antes por el Ministerio de la Gobernación, fue... buena prueba de... (que) el régimen liberal feneció apenas nacido..., y su epitafio, aquella frase incivil de que 'ningún templo valía la vida de un republicano'.»

La historia ha dado ya, y por varias veces, su veredicto sobre esta absurda jornada que enemistó para siempre a la República con la Iglesia, y acabó con las esperanzas de los moderados de centro-derecha republicana, como Miguel Maura, esterilizado políticamente para siempre, por desgracia, entre los rescoldos de mayo. En medio de las fallas libertarias se perdieron para el gran público dos nuevos giros bruscos del torniquete azañista sobre la moral del Ejército. El 3 de mayo, Azaña tiene la humorada de ascender a capitán general a don Francisco Aguilera y Egea, en vísperas de suprimir para siempre dicha categoría; las protestas del postergado general Ricardo Burguete resonaron por todos los mentideros de la capital. Un decreto del 5 de mayo ponía en manos del gabinete militar del ministro prácticamente todos los





1/2

1-2. —Dos de las casas religiosas incendiadas el 11 de mayo en Madrid: el popular colegio de Areneros, horrenda mole de ladrillo donde se albergaba una gran obra de los jesuitas en la calle de Alberto Aguilera, el Instituto Católico de Artes e Industrias, que sufrió graves daños, y el convento y colegio de las religiosas del Sagrado Corazón de Chamartín, que quedó totalmente destruido.

3-4. —La onda incendiaria del 11 de mayo se corrió rápidamente de Madrid a las provincias. La iglesia de la Merced, en Málaga, y el convento valenciano de San José lo demuestran.





3/4

destinos de las fuerzas armadas; en ese decreto habrá que buscar uno de los más expresos orígenes nada menos que de la guerra civil, por la arbitrariedad con que se aplicó. El 18 se decreta la anulación de los ascensos por elección anteriores al 14 de abril; se exceptúa por el momento a los generales, pero por unas horas de angustia Francisco Franco está a punto de convertirse en teniente coronel, como le sucede realmente a José Moscardó, que debe arrancarse del uniforme la tercera estrella de ocho puntas. A fines de mayo, y en vista de que se ha nombrado —manes de 1922— un alto comisario civil para Marruecos (el señor López Ferrer), el general Miguel Cabanellas parte para Tetuán con el cargo de jefe superior de las fuerzas militares. Ante sus concomitancias lerrouxistas y ante la naciente enemistad Azaña-Lerroux, pronto le sustituirá un fiel seguidor de Azaña: el general Agustín Gómez Morato.

El hundimiento de la Academia General Militar

En el mes de junio de 1931, una noticia acapara los titulares de la prensa: las elecciones a Cortes Constituyentes, para las que se nota un absoluto retraimiento de las derechas, anonadadas todavía por el impacto y el dinamismo del 14 de abril. Otra noticia apenas trasciende, pero va a resultar a la larga mucho más importante: en el congreso de la C.N.T., celebrado en el teatro del Conservatorio de Madrid, los *grupistas* exaltados de la F.A.I. consiguen el virtual control del movimiento libertario español. Es la hora de los extremistas —Durruti, los Ascaso, García Oliver— y el fracaso de los sindicalistas moderados, que abandonan prácticamente el movimiento al firmar el célebre «manifiesto de los treinta», encabezado por Angel Pestaña y Juan López. Desde ese mismo momento los anarcosindicalistas españoles, guiados ciegamente por la F.A.I., se consideran en estado de guerra contra la República y harán que el desorden callejero, desencadenado en las quemas de conventos, degenere en auténtico cáncer social y político.

Manuel Azaña prosigue implacable su presión reformista sobre las fuerzas armadas. Animado por la disciplina y el silencio del cuerpo de oficiales, sigue firmando ceses, destinos y ascensos sin más orientación que sus impresiones en

las audiencias y los informes del gabinete militar, donde se llega al extremo de utilizar sargentos adictos como informadores político-profesionales sobre sus superiores. Los decretos aparecen a pares, como en el día 16 de junio: se suprimen por una parte las capitanías generales y regiones (reducidas a divisiones orgánicas, guarnecidas no por dos, como antes, sino por una sola división táctica) y se reduce al 80 por 100 el sueldo de los declarados disponibles. La noticia de la candidatura de Sanjurjo a un escaño republicano por Lugo (al que renunciaría) no impresiona a nadie. Porque más o menos todos saben que el próximo objetivo de Manuel Azaña va a ser el general Francisco Franco. En plena efervescencia por los decretos de abril, el día 26 se publicaba la orden que anulaba la convocatoria del próximo ingreso en la Academia General Militar, con la indicación de que la oficialidad había de nutrirse también con personal procedente de clases de tropa. Era un presagio, pero no una amenaza irreparable; por si acaso, el general Franco recaba el apoyo de los dos periódicos de Zaragoza, que se lo conceden sin trabas, tanto el derechista *Noticiero* como el liberal y republicano *Heraldo de Aragón*, cuyo director, don Antonio Mompeón, recordó siempre las visitas nocturnas de Franco, empeñado en salvar su obra.

Todo inútil. Para el ministro de la Guerra, como se puede comprobar documentalmente, se trataba de asunto de vida o muerte. El golpe de gracia se preparó con todo secreto y a media mañana del 1 de julio de 1931, un oficial de la Academia apareció jadeante en el campamento base de Canfranc —Franco se había negado a interrumpir el programa normal del curso— con el *Heraldo* de esa madrugada. Un decreto del día anterior disolvía fríamente la Academia General Militar en virtud de dos razones absurdas: la «nulidad del decreto dictatorial» y lo «desproporcionado de la Academia General». El general y los profesores pasarían a fines de julio a la situación de disponibles forzosos. El periódico liberal critica con dureza la decisión del ministro correligionario, a la que tilda de «personalista». En las alabanzas que prodiga a la Academia de Franco, la califica de «institución modelo que honra a



1

1. —La supervivencia de la Academia General de Zaragoza peligra con la política de Azaña. Tres meses justos de vida legal le quedaban el 14 de abril de 1931.
De este breve período no quedan testimonios gráficos de la actividad de Franco, como no sean los del propio acto de clausura. Una excepción es esta fotografía, tomada el 8 de mayo, con motivo de un acto protocolario celebrado en el Ayuntamiento de Zaragoza: las autoridades militares de la ciudad cumplimentan al alcalde, don Sebastián Bauzo.
Los generales que se dejan retratar con éste son, de izquierda a derecha: Salinas, jefe del Estado Mayor de la región; Rañoy, comandante general de Artillería; Franco, director de la Academia; González Anta, intendente general; Ruiz Trillo, capitán general de la región; Gómez Morato, gobernador militar de la plaza; Dolla, jefe de la 6.ª brigada de Caballería; Luna Barba, comandante general de Ingenieros, y Lezcano, jefe de la 1.ª brigada de Infantería. Algunos de ellos, vocales o testigos de cargo en el consejo sumarísimo que condenó a muerte a Galán y García Hernández cinco meses atrás, no se sentirán muy cómodos bajo el escudo municipal del muro, adornado con los retratos de los dos protomártires de la II República.



2

2. —Cuando ya tenía sobre la mesa el decreto destinado a suprimir la categoría suprema del Ejército español, don Manuel Azaña confiere el grado de capitán general a un hombre símbolo: don Francisco Aguilera y Egea, precursor y adversario de la Dictadura, que había arrojado su todavía considerable influencia militar en el platillo de la República.



3

3. —Conferencia de jurídicos militares y civiles sobre los problemas de Marruecos ante la proclamación de la República. El héroe de Marruecos, general Sanjurjo, y el alto comisario Luciano López Ferrer hablan, ante un pretencioso jarrón, en el palacete de la Castellana.



4

4. —Un bizarro elector republicano que deposita su voto en las urnas constituyentes, en junio de 1931: don Gonzalo Queipo de Llano, capitán general de Madrid, posa ante el modesto colegio de la calle de Santa Engracia, con segundo plano de anuncios sobre vallas provisionales.

DISPOSICIONES OFICIALES

UN DECRETO QUE CONSTA DE CUATRO ARTÍCULOS DISUELVE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR

AL TERMINAR EL CURSO ACTUAL QUEDARAN SUS PROFESORES EN SITUACION DE DISPONIBLES FORZOSOS

Por decreto ulterior se determinará la adaptación de los alumnos a las Academias especiales. — Refundición de estas Academias en las tres que únicamente subsisten — Los centros de perfeccionamiento

MADRID 30.

LA DISOLUCION DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR

En el ministerio de la Guerra fué facilitado el texto del decreto de disolución de la Academia militar de Zaragoza.

En su parte expositiva dice así:

"La ley de bases de 29 de junio de 1918 mantuvo para la enseñanza militar un sistema de Academias especiales creado

Pocos días antes de la elección de diputados, el ministro de la Guerra, señor Azaña, anunció a Toledo, en un mitin electoral, que pronto vería aumentada la importancia de su Academia.

Ni la ocasión, ni el mitil, halago al cuerpo electoral, porque el ministro era candidato por Toledo, nos parecieron a la altura de un representante del nuevo régimen, rellido con esas detestables normas de ganar el voto y lograr el apoyo con ofertas de interés material.

La elección verificada, Azaña diputado por Toledo, se prepara el cumplimiento de la oferta indiscreta: ayer fué suprimida la Academia General Militar de Zaragoza, establecida apenas hace tres años, en un edificio que costó al Estado

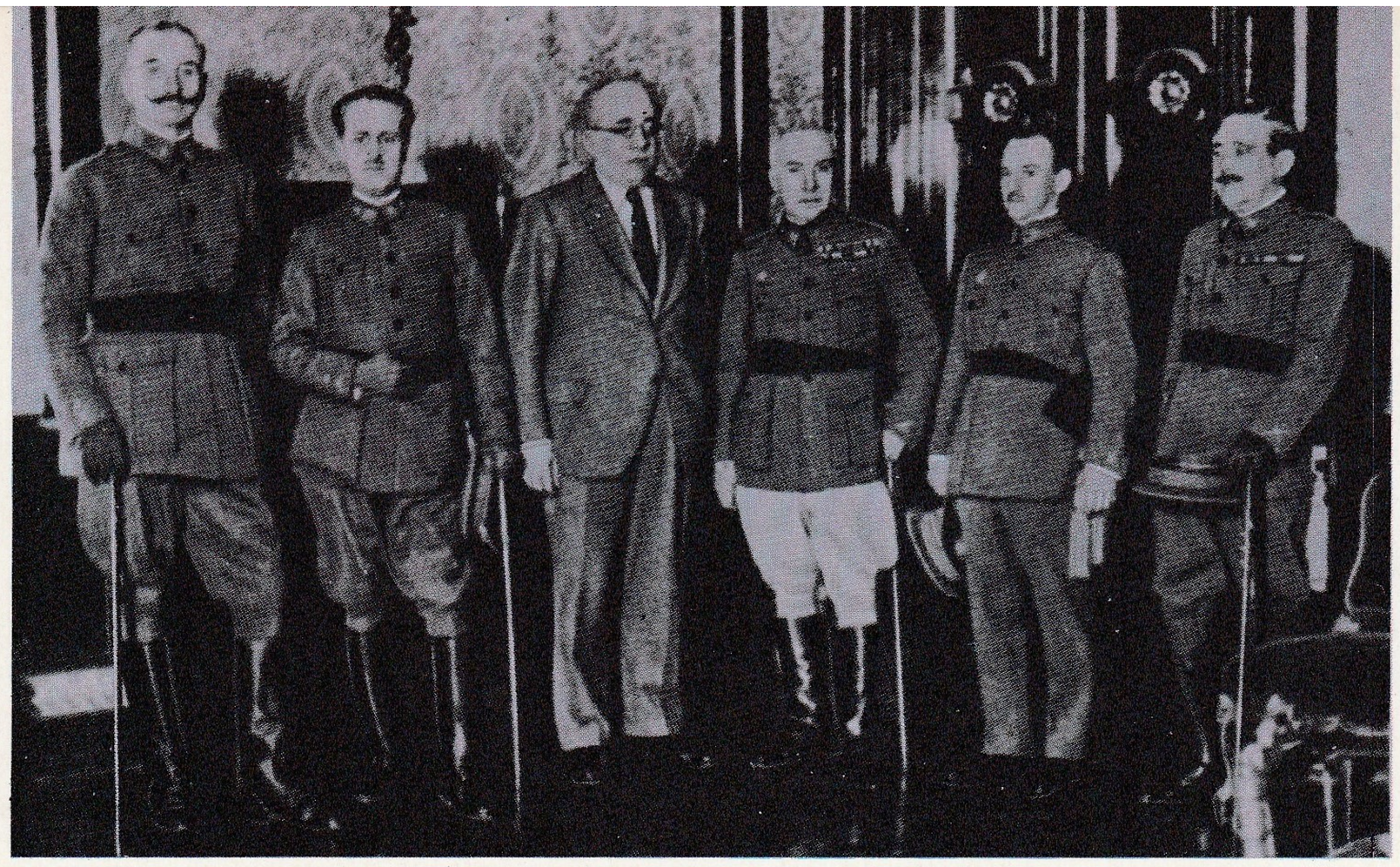
únicamente para los que soliciten cursarlo, porque no vayan a estudiar el plan de los seis años de que consta el bachillerato.

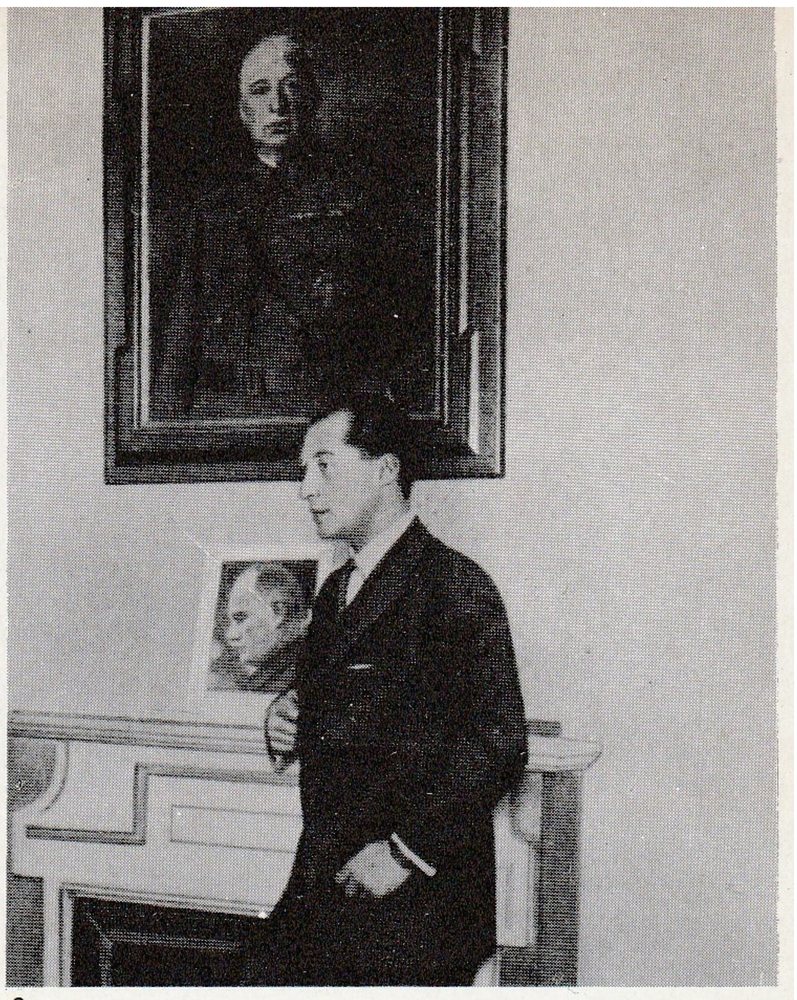
En los casos no previstos en las reglas de adaptación, se resolverá por el director del Instituto, juntamente con el claustro del mismo.

Seguidamente, se señalan las asignaturas de que consta el nuevo bachillerato.

Peti
Com
Piden
MA
huelg
por el
hemo
del S
explic
Nos
varon
sos de

★★★





1 2

UN GRANDE DE ESPAÑA TESTIGO A LAS PUERTAS DEL GABINETE NEGRO

Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre, es sin disputa el primer historiador militar de la España contemporánea. Fiel a su vocación militar por encima de su dolor íntimo, permaneció en el Ejército después del 14 de abril y aceptó un destino en el Estado Mayor Central. Su despacho estaba muy próximo al de Manuel Azaña, y desde él llegan a sus Memorias —reunidas en los dos tomos de su libro *Ayer*— estas evocaciones del ambiente militar de aquel periodo. A fuer de historiador, Carlos Martínez de Campos nos presenta un cuadro mucho más objetivo que el tremendo agı afuerte de su amigo y futuro jefe Emilio Mola:

«Volví de Italia a consecuencia de un oficio por el cual hice saber que, habiendo sido varios años agregado militar a una embajada en plena Monarquía, deseaba, con la República, no ocupar un cargo representativo. Estuve expuesto a una reacción violenta; pero mis excelentes jefes y los buenos amigos no elevaron al 'señor ministro' mi solicitud de cualquier destino compatible con mis simples actitudes personales. *Se limitaron a rogarme que pidiera una vacante que se había producido en la sección de operaciones del E. M. C.; y, siguiendo su indicación, quedé en un puesto interesante para todo.*

En el E. M. C. nadie era sospechoso. Se discutía libremente, sin la menor preocupación. Sólo hubiera sido peligroso hablar en el recinto del 'señor ministro', que era entonces Manuel Azaña. En efecto, el Ministerio comprendía dos zonas diferentes: las 'dependencias' y el 'antedespacho de la Superioridad'; y cada una de estas zonas venía a ser como un lugar impenetrable para los que frecuentaban la contraria. La situación tenía ventajas, e inconvenientes graves. Ventajas principales: saber a qué atenerse y una camaradería muy apreciable. Inconvenientes: mucha desconexión, y el peligro concerniente a una sorpresa inesperada.

Podíamos, de este modo, trabajar y comentar asiduamente. Y los primeros comentarios se refirieron a la 'promesa de adhesión' a la República... Se pergeñaron fórmulas distintas. Hubo interpretaciones especiales e interpretadores muy sagaces. Pero los más se resignaron a decirse —o a pensar— que no habiendo que prestar un juramento a la bandera tricolor, todo era tolerable.

Tal fue el principio de la empinada cuesta. Azaña sabía que una importante mayoría del Ejército no era afecta a la República, y buscaba el modo de encauzarla hacia la misma. Quiso trillar, a fin de eliminar a los monárquicos; pero el procedimiento que eligió no fue el mejor. No había osado imponer un 'comisario' —a estilo soviético— en cada cuerpo activo o dependencia superior. Creyó, sin duda, que esto produciría mal efecto, sin ofrecer ventaja positiva en relación a las ideas de los que habían servido, satisfechos, con un régimen diverso. Se limitó, por eso, a otro sistema. Publicó un decreto-ley —llamado 'de sumisión'— que permitía a los militares 'retirarse' en condiciones ventajosas: con sueldo entero y libertad de movimiento. Esta disposición, que apareció por 'Presidencia', originó rumores variadísimos. Algunos decían que quienes no quisieran acogerse a la República serían vejados e incluso perseguidos. Muchos daban por seguro que, aun acogiéndose a la misma, los monárquicos serían enviados a destierro o a destinos indeseables. Unos cuantos preanunciaban la aparición de nuevas leyes destinadas a separar de filas a los que no acataran el nuevo régimen con entusiasmo. Los más sensatos, finalmente, atribuían lo dispuesto al simple deseo de reducir plantillas; y razón no les faltaba, porque en 'las alturas' no hacían falta globos-sonda; se conocía de sobra la orientación política de los generales y de una gran parte de los jefes y oficiales del Ejército.

Aparte de esto, se atribuía a Azaña la intención de 'triturar' las fuerzas militares. El asunto fue comentadísimo; pero el nerviosismo originado por el 'decreto-ley' fue superior a los efectos materiales que produjo. A pesar de tantas preocupaciones, los malos ratos fueron breves. Cada cual halló unos argumentos favorables al criterio que más le seducía... De cuantos monárquicos estábamos en filas, se fueron los que estaban mal situados o temían la expulsión de su destino, y nos quedamos los que estábamos contentos en el puesto conseguido o creíamos posible —en caso de apuro— ayudar a fondo desde aquél.

Pasaron varios meses, y no pocos 'retirados extraordinarios' se arrepintieron de la resolución tomada. Descontentos de la misma, se olvidaron de la causa verdadera de su acción. Muchos se convencieron a sí mismos de que se habían retirado por no prestar una promesa falsa. Su caso no era ese; pero los familiares se pusieron de su parte, y hubo un periodo en que a los 'no retirados' se nos llegó a tachar de 'desleales'.

Los cinco comandantes de la sección de operaciones, de armas distintas y recientemente incorporados, se tuteaban amigablemente. Me tutearon todos, desde el día de mi llegada. El hecho me sorprendió, porque diez años atrás los entonces capitanes de la sección de organización y movilización nos tratábamos de usted. Todo había cambiado durante mi paréntesis geográfico. Todo iba cambiando aceleradamente.

A don Manuel Azaña no le veíamos. Nadie le veía, sino los 'conspicuos' que estaban cerca de él o disponían de pase para entrar a cualquier hora en su despacho. Sólo hubo una ocasión, que yo recuerde, en que apareció ante un grupo algo nutrido de oficiales. Para mandar el batallón del Ministerio, él mismo —nos dijeron— había elegido a un teniente coronel, cuya adhesión era indudable. Formó la fuerza... y bajó el ministro Azaña, con sus propios ayudantes... El teniente coronel, deseoso de probar su 'ideología' ante el ministro, en vez de dar la voz de firmes *o de mandar* armas al hombro, *como siempre solía hacerse, gritó un potente* vista a la izquierda, *que los soldados, sorprendidos, ejecutaron torpemente.»*





3 = 4

rriendo vuestros cuerpos el escalofrío de la emoción, nublándose vuestros ojos al conjuro de las glorias por ella encarnadas; pero *la falta de bandera oficial* limita nuestra fiesta en estos sentidos momentos en que, al hacerse objeto de nuestra despedida, recibáis en lección de moral militar mis últimos consejos.»

Apunta luego una de sus típicas imágenes barrocas para disimular su nostalgia —«el esplendoroso sol (de la Academia) se acerca ya al ocaso»—; ofrece a España las satisfacciones por los éxitos conseguidos, pasa revista a los métodos innovados y a los vicios desterrados —las novatadas, entre otros— y proclama, frente a la amargura de la ocasión, la necesidad de la disciplina:

«¡Disciplina!... Nunca bien definida y comprendida. ¡Disciplina!... que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina!... que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que os inculcamos. Esta es la disciplina que practicamos. Este es el ejemplo que os ofrecemos.»

Invoca después el servicio a la patria como suprema norma de conducta militar y exhorta a los cadetes al culto del compañerismo, sólo subordinado al concepto del honor —«que no es exclusivo de un regimiento, arma o cuerpo; que es patrimonio del Ejército»— para concluir:

«No puedo deciros, como antes, que aquí dejáis vuestro solar, pues hoy desaparece; pero sí puedo aseguraros que, repartidos por España, lo lleváis en vuestros corazones, y que en vuestra accion futura ponemos nuestras esperanzas e ilusiones; que cuando al correr de los años blanqueen vuestras sienes y vuestra competencia profesional os haga maestros, habréis de apreciar lo grande y elevado de nuestra actuación; entonces vuestro recuerdo y sereno juicio ha de ser nuestra más preciada recompensa. Sintamos hoy al despedirnos la satisfacción del deber cumplido y unamos nuestros sentimientos y anhelos por la grandeza de la patria, gritando juntos: ¡Viva España!.»

Tras el discurso del general director —uno de los más reveladores en toda la vida de Franco—, el mejor desfile en la breve historia del centro; el vino de despedida con los profesores; el banquete; el cortejo de profesores y alumnos que acompañan al general hasta su pabellón, donde Carmen Polo de Franco no puede contener las lágrimas en lo alto de la escalera noble. Franco consigue mantenerse sereno a pesar de que entre los vivas de sus compañeros y sus alumnos a la Academia, al Ejército y a España se oyen, por primera vez desde la despedida de 1925 en el Monte de las Palomas, unos vivas unánimes al general Franco.

Todo el resto del año 1931 sería, para Francisco Franco, intermitente consecuencia de su discurso de clausura. Al día siguiente, 15 de julio, el *Noticiero* comenta el discurso con admiración; el *Heraldo de Aragón* omite el párrafo de la bandera; el *Heraldo de Madrid* publica, por primera vez en la vida de Franco, una dura y reticente crítica de sus palabras y de su personalidad politicomilitar. Dos días más tarde, el 17, los periodistas de Madrid preguntan al ministro de la Guerra qué le ha parecido el discurso de Franco. Azaña contesta que no lo ha leído aún.

Completa y diplomática mentira, que él mismo descubre inocentemente en

1. —El ministro de la Guerra, don Manuel Azaña, con los generales del Consejo Superior de Guerra, teóricos enlaces entre el Ejército y el Gobierno que no funcionan debidamente hasta el advenimiento de José María Gil Robles. De izquierda a derecha: Queipo de Llano, Rodríguez del Barrio, Azaña, Rodríguez Casademunt, Goded y Masquelet.

2. —"¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!" clamaba en la primavera de 1931 José Antonio Primo de Rivera, que estuvo a punto de conseguir su propósito. Un melancólico y triunfalista Mussolini aparece sobre su chimenea, bajo la sombra, todavía inmensa, de don Miguel.

3. —Sevilla, la ciudad más sublevada de España durante la República. En el epílogo frustrado de un complot anarquista-militar (con la participación de Ramón Franco en persona), la artillería del general Ruiz Trillo deshizo una tertulia revolucionaria en la "Casa Cornelio"; el 23 de julio de 1931 es la fecha de los destrozos. El hombre clave destacado por la República a Sevilla y luego a Marruecos para desbaratar la subversión no fue otro que don José Sanjurjo.

4. —Manuel Azaña entrega una bandera a la Infantería española en el Alcázar de Toledo, en presencia del general Queipo de Llano. La historia inminente convertiría muy pronto esta noticia de 1931 en antítesis trágica. Pero los cronistas del momento calificaron el acto de brillante, a pesar del inoportuno dedo en la boca de la madrina infantil de la bandera.

Versión de Azaña
EL DIEZ DE AGOSTO

Las *Memorias* de Azaña correspondientes al periodo 1931-1933 fueron capturadas en el curso de uno de los episodios más curiosos de la guerra civil secreta. Los párrafos más comprometedores se publicaron por un portavoz enemigo, el distinguido periodista Joaquín Arrarás, en el año 1939. Las partes publicadas no están completas, pero nos consta su absoluta autenticidad. Estas que siguen son, en extracto, las páginas en que Manuel Azaña expone sus recuerdos del diez de agosto. En ellas el cronista asume una actitud fría que sublima sin duda la del hombre poseído, como han revelado sus íntimos, de algo parecido al «miedo físico»; una cualidad natural que no se aduce aquí en descrédito del gobernante filósofo, no responsable de ella, sino como objetiva contribución al retrato histórico de su personalidad. Esta es la versión Azaña del diez de agosto en Madrid:

«He aquí el suceso, tal como lo he percibido desde mi despacho. Estaba yo hablando con Saravia, cuando oí unos tiros por la parte de la calle de Prim. 'Ya' —dije yo tendiendo el oído—. Saravia, sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó a su puesto. El tiroteo fue intenso y, con un breve intervalo, se repitió. Después, profundo silencio. Subió Saravia y me dijo que unos militares habían ordenado al centinela de la puerta de la calle de Prim más próxima a Recoletos que les abriese, y como no hizo caso, le hicieron fuego, al que contestó el centinela y los soldados apostados por allí. Han disparado mucho, quizá demasiado. Según informaba el teniente Santiago, los asaltantes habían llegado en automóvil y, al ser rechazados, se volvieron hacia Recoletos.

Estando en esta conversación, entró Menéndez, seguido de Tourné. Venía descompuesto, desesperado.

—Destitúyame usted, don Manuel. No sirvo para defenderle a usted. No he sabido acabar con ellos.

Estaba frenético contra sí mismo. Procuré calmarlo y me hizo relación de lo que habían visto.

Aún no había concluído Menéndez su relación, cuando por teléfono nos dijeron que en la Casa de Correos se habían presentado cuarenta o cincuenta oficiales, de uniforme, con propósito de apoderarse del edificio. Un pequeño retén de Guardia Civil que allí había les desarmó y detuvo a todos. Esta noticia puso muy contento a Menéndez. Al fin les habían echado mano. Supusimos que eran los mismos rechazados del Ministerio que habían querido repetir el intento en Correos. Menéndez se marchó a Correos, para hacerse cargo de los presos.

Entre tanto, hemos seguido buscando a Sanjurjo. He hablado otra vez con Sevilla. No sabían nada. Después, desde Gobernación, me dijeron que habían averiguado que Sanjurjo tenía reservadas habitaciones en un hotel de Sevilla. El ayudante había tenido una conversación poco clara con el general de la división. 'Le veo en una actitud extraña —me decía el general González— y me permito decir al señor ministro que temo que el general Sanjurjo se coloque en una actitud de rebeldía contra el Gobierno'. Así me ha dicho, textualmente.

Al general de la división de Sevilla se la notaba en el timbre de la voz el susto que tenía y, en su manera de dar cuenta, algo así como el propósito de inhibirse... *Ninguna protesta de celo, ninguna noticia de las medidas que hubiese adoptado o pensase adoptar. Pero como yo no tenía ningún rayo para fulminarlo desde Madrid, procuré o reanimarlo o amedrentarlo y después de decirle que en Madrid, ni en ninguna parte, teníamos nada que temer, le eché una chillería y le dí instrucciones.*

No había salido yo del despacho de Saravia, desde donde hablé con el general, cuando llamaron de Sevilla.

Quien se puso al aparato fue el propio general González. Le dijo a Saravia que Sanjurjo se había sublevado. (Por lo visto, a mí me lo quiso decir con más rodeos.)

—¿Y usted qué hace ahí? —le gritaba Saravia.

—Todas las fuerzas están con Sanjurjo. No podré hacer nada.

Entonces tomé yo el teléfono: 'General, aquí el ministro. Cumpla usted con su deber, aunque le cueste la cabeza. Detenga a Sanjurjo y reduzca a los rebeldes. Dentro de media hora me da usted cuenta de haberlo hecho'. Colgué el teléfono. 'Ese hombre —le dije a Saravia— no sirve para nada. O tiene miedo o está vendido. Es inútil.'

A pesar del notición *de Sevilla, yo estaba contento, porque creí que lo de Madrid había terminado.*

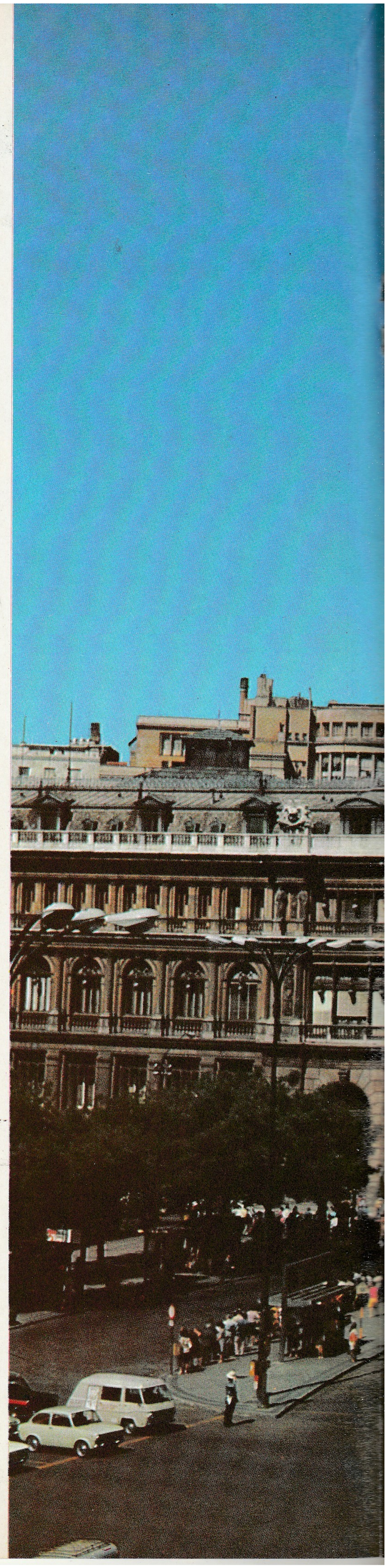
Llamada telefónica; en el regimiento 31 (cuartel de la Montaña) ocurre algo anormal, y se ha visto un regimiento formado en la Castellana. Envié dos guardias de Asalto (de ocho que tenemos de servicio en el Ministerio) a ver qué sucedía.

De pronto, se rompió el fuego en la calle, muy intenso. Se oía esta vez por la parte de la Cibeles. La tropa que teníamos en la delantera del Ministerio contestó.

Al Ministerio llegaban muchos balazos. Percibíamos muy bien el chasquido cuando daban en la piedra. ¿Quién tira? ¿Es el regimiento que han creído ver en la Castellana? No se sabe. El fuego ha durado media hora. Desde el balcón oigo al comandante Fernández Navarro gritar: '¡Alto el fuego!'; pero la tropa tarda en obedecerle. Ya clareaba.

Escribo esta nota. El cielo está blanco. Veo la mole del Banco bañada en luz fría. Hay un gran silencio. Bajo los árboles del jardín, más oscuro, soldados. En la calle de Alcalá aulla un herido. Entra el fresco por el balcón y no se oye nada más. Teléfono. Me interrumpen.

Avisan de Alcalá que los dos regimientos de Caballería se han sublevado y vienen sobre Madrid. Lo ha comunicado el alcalde, que los ha visto salir. Trasladan el aviso desde Gobernación. 'Bueno —le he dicho a Cipriano—, esto se pone serio.'



La plaza de Castelar, tendida en torno a la popular Cibeles, fue el principal escenario de los sucesos del diez de agosto de 1932 en Madrid. El palacio de Correos (desde donde está tomada la fotografía) y el de Buenavista (cuyo jardín asoma a la derecha) constituían los objetivos clave de los sublevados. Menguadas patrullas de guardias de Asalto bastaron para desbaratar sus planes.







1



2



su diario de la noche del Carmen:

«Alocución del general Franco a los cadetes de la Academia General con motivo de la conclusión del curso. Completamente desafecto al Gobierno, reticentes ataques al mando; caso de destitución inmediata, si no cesase hoy en el mando. Le paso la alocución al asesor, para que vea si hay materia punible. Me entrega un informe escrito, diciendo que se puede proceder en forma judicial; que cabría gubernativamente corregirlo.»

A la mañana siguiente, Azaña se reúne en asamblea con los hombres de su partido. El final de la Academia General Militar le tiene eufórico y con toda seguridad piensa en ella cuando exclama con su habitual jactancia imprudente:

«¡Qué obra, amigos y correligionarios! Parece que hemos desafiado y vencido la tentación satánica, que hemos derruido el templo y lo hemos reedificado en tres días.»

Por las trazas de su diario íntimo, Azaña pasa semanas y aun meses obsesionado con el discurso de Franco. El 20 de julio resume su despacho con el general Sanjurjo:

«Hablamos también del otro Franco,

EL ULTIMO ARTICULO FIRMADO POR FRANCO

Este es el último de los artículos que Francisco Franco publicó con su firma en una revista española. Se trata de *Africa*, **heredera de la** *Revista de tropas coloniales* **y única publicación militar que sobrevivió a la implacable poda azañista. Veinte años después de haberlo escrito, Franco confesaba a un periodista que él se sentía colega suyo. Prescindiendo de su valor periodístico, el trabajo de Franco, firmado al final de su etapa coruñesa, en febrero de 1933, posee un alto interés histórico-político. Su título es ya un acierto:** *¡Ruud...balek!* **es el grito de atención que lanzan los marroquíes cuando van con prisa o con carga por las estrechas callejuelas de sus medinas y aduares, y podría traducirse por** *¡cuidado, que voy...!* **He aquí los párrafos más significativos del artículo:**

«Lejos quedan ya aquellos días de agosto de 1923, en que nos reuníamos en un modesto despacho de la plaza de Ceuta varios soldados españoles que, alarmados por el triste y precario rumbo de nuestra política marroquí, intentábamos orientar y combatir con nuestro desinteresado consejo el desbarajuste que la política española imprimía a la acción africana, convirtiendo en penosa y crónica guerra lo que pudo haber sido campaña de dos o tres años.

Hermanando la pluma con la espada, gastando en la escritura y en el estudio los pequeños descansos de un agitado batallar, libramos tanto en los campos como en la prensa nuestras más viriles campañas. Disgustos, contrariedades, coacciones y tachaduras de la censura nos alcanzaron frecuentemente en nuestros trabajos.

Alejado de aquellas tierras, dejé que otros codificaran y ordenaran las experiencias de nuestra actuación africana; pero varias veces, ante las noticias y síntomas que la prensa recogía, hube de coger la pluma e intentar continuar la actividad interrumpida, si bien otras tantas quedaron inéditas mis cuartillas, ante el temor de que el consejo oportuno o el estudio objetivo y previsor pudieran ser mal interpretados o torpemente esgrimidos; pero ante el albur de un peligro, aunque lejano, posible para nuestra patria, no he dudado en quebrantar mi voluntario silencio, ya que aún es tiempo de corregir y de curar los males que se apuntan.

No es posible que, deslumbrados por la paz material de nuestro territorio africano, cerremos los ojos a los pequeños síntomas que, descuidados y olvidados de la opinión pública española, son aviso o heraldo de futuras y más graves complicaciones.

Para nadie es un secreto el interés y atención que el comunismo dedica a crear un estado propicio a la insurrección en los países sujetos a protectorado o mandatos. Muchos conocen también cómo, ensamblada a los nacionalismos, se propaga y extiende la semilla comunista. En las ciudades de Marruecos han surgido ya los nacionalismos incipientes, en los que al dinero y actuación comunista se ha unido la complicidad de los fanáticos y siempre intrigantes jefecillos religiosos.

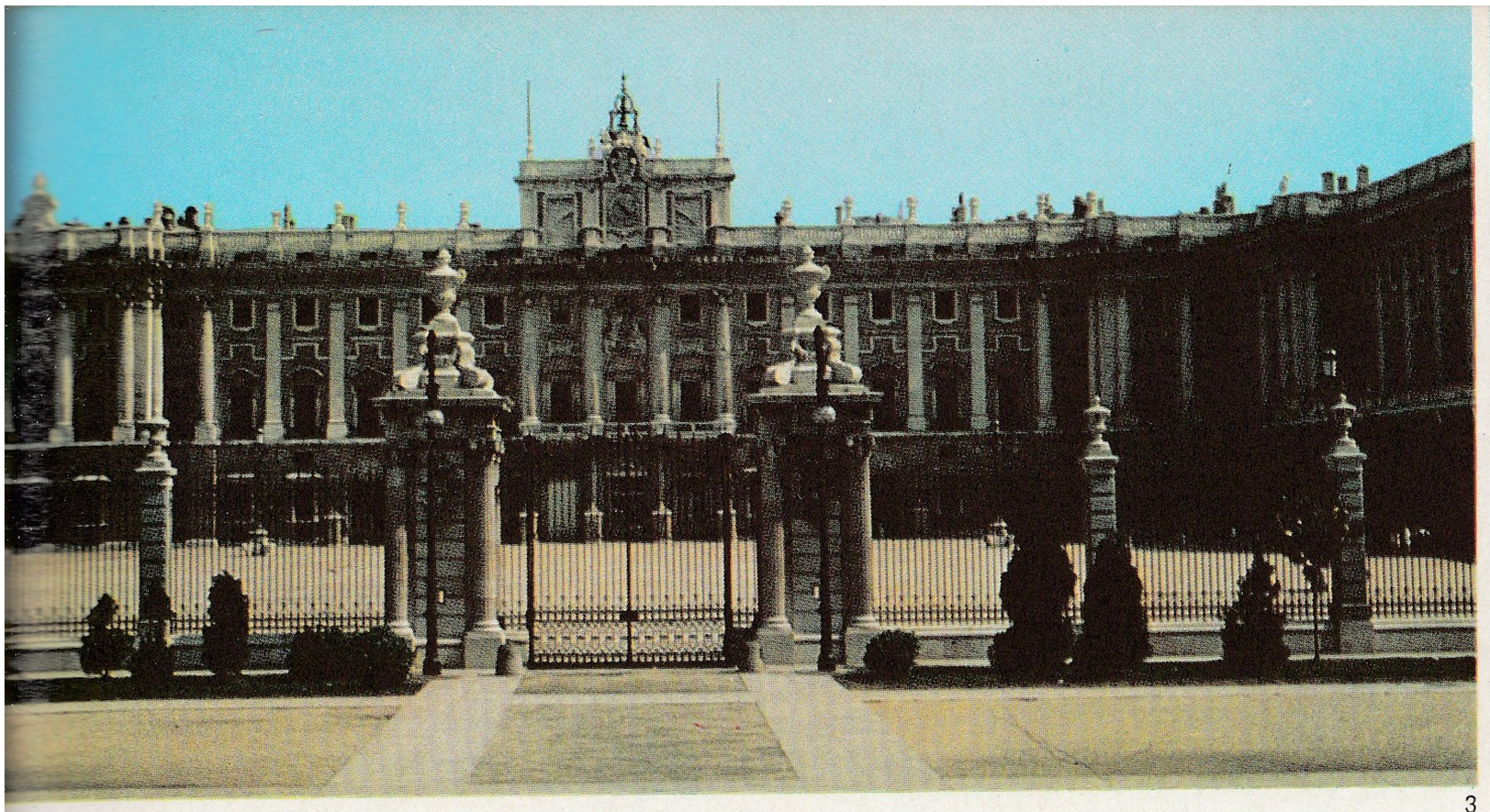
¿Cuáles son los peligros que el porvenir encierra? Estudiemos el campo, que en Marruecos se presta a toda intriga y rebeldía.

Un país recientemente dominado, en el que un estado secular de insurrección ha formado en las conciencias un concepto simplista de las libertades; un pueblo guerrero acostumbrado a dirimir por las armas todos sus problemas y ambiciones; una economía precaria y unos intereses asociados a la persistencia de la guerra; y como fondo del cuadro una religión, fanáticamente practicada, que encierra en sus credos el odio al extranjero y la rebeldía a sus mandatos; encuadrado todo ello en un país pobre y montañoso, en que las serranías rocosas fácilmente se convierten en fuertes reductos de rebelión.

Ante este ambiente, ¿con qué medios cuenta España?

Con la gran fuerza moral de su victoriosa campaña, que se pierde al correr de los años, ante la indiferencia y despego de los propios españoles; con el desarme total de nuestra zona, hasta ahora el más positivo sostén de nuestra paz; con nuestros cuadros especializados; con la actuación y vigilancia de nuestras Intervenciones; con nuestros contingentes indígenas y con la presencia en el territorio de nuestras fuerzas militares europeas.

¿Cómo podría nuevamente armarse nues-





3 4

el general, y de su alocución. Sanjurjo le quiere mucho, dice —como otros— que es muy buen general ('no es que sea un Napoleón, pero dado lo que hay...' añade) y él lo ha protegido. Cree que está molesto por la supresión de la Academia, que ya se intentaba en tiempo de Berenguer; 'Como un chico a quien le quitan un juguete'.

Me habla de que le ha escrito Franco sobre este asunto y que le ha contestado que es preciso resignarse. 'También está molesto —le digo yo— por la cuestión de los ascensos'. 'Sí, también por eso', me responde un poco inseguro.»

El 21 de julio anota Azaña: «Me han aprobado seis decretos, y el texto de la reprensión al general Franco, que publicaré pasado mañana. Este asunto puede tener consecuencias.» El 22 de julio, Azaña escribe sin comentarios: «Hoy he firmado la reprensión para el general Franco.»

Novísima experiencia para Francisco Franco: en su dilatada hoja de servicios va a incluirse una nota desfavorable. Merece la pena reproducirla:

«Por orden manuscrita de 22 de julio de 1931, dirigida al general de la 5.ª división orgánica, se le manifiesta para conocimiento del general a que se contrae esta hoja de servicios, el desagrado producido por la alocución pronunciada el día 14 del mismo mes con motivo de la despedida de los cadetes, en cuya alocución se formularon juicios y consideraciones que, aunque en forma encubierta y al amparo de motivos sentimentales, envuelven una censura para

tra zona? Por confianza y abandono de los llamados a evitarlo, por las pérdidas o robos de armamento de las unidades armadas, por contrabando terrestre o marítimo y por deserciones o golpes de mano afortunados.

Las insurrecciones. ¡He aquí el escollo principal! Todo conspira en Marruecos para favorecerlas. Pocos son los rebeldes necesarios para encender una campaña, cuando se ha creado el ambiente favorable: basta un bandido afortunado, un centenar de guerreros...; los golpes de mano audaces y afortunados hacen el resto, menudean las defecciones y el fuego de la guerra se pasa de una región a otra e invade el territorio.

Examinemos ahora el número y calidad de nuestras tropas:

Treinta y cuatro mil hombres, de ellos ocho mil indígenas, figuran en el presente año en el presupuesto de Guerra, sin contar las mehal-las, *que están incluidas en el del protectorado, los que, por lo que a su número se refiere, pueden considerarse suficientes para asegurar el territorio; pero si de su número pasamos a su calidad, a la ponderación debida entre europeos e indígenas y a la relación entre combatientes y comparsas muy distinta impresión se nos presenta.*

¿Qué fuerzas podrían en un momento de peligro frenar y cohibir la hipotética, pero posible, insurrección de los elementos indígenas?

El Tercio de Extranjeros, por su historia y composición, sería el factor más importante, por no decir el único, que pesase en tales momentos; aunque su plantilla, hoy de cuatro mil hombres (llegó a tener ocho mil), sus bajas naturales (no cubiertas al tener cerrados sus banderines de enganche) y la reducción de enfermos, destinos y sumariados hacen que no alcancen a tres mil los efectivos disponibles en el campo.

El servicio de un año convierte en escuela de instrucción constante a los siete batallones de Cazadores, acuartelados en las plazas, entretenidos en la constante y compleja instrucción de los reemplazos, que aún no han acabado su instrucción cuando ya son licenciados. Estos soldaditos, tiernos y bisoños, son los que tendremos que enfrentar con los guerreros indígenas.

El resto de las unidades, pertenecientes a otras armas, no constituyen factores principales en el campo de la guerra irregular; su número deberá reducirse lo más posible en beneficio de los verdaderos combatientes.

No nos dejemos deslumbrar con las cifras en hombres que nuestros presupuestos registran, no confundamos la unidad hombre *con la unidad* soldado, *no volvamos la espalda a la historia ni a sus sabias enseñanzas, no demos al olvido las tristes experiencias de un pasado, en el que las luchas políticas hicieron campo de sus maniobras las tierras marroquíes.*

No destrocemos con la indiferencia o la pasión la espiritualidad y pundonor de nuestros cuadros de mando y no tropecemos en las mismas piedras que en fecha no lejana hicieron tuviese las proporciones de desastre lo que pudo haber sido sencillo revés. Entonces, también, confundimos los hombres con los soldados, y la envidia y la pasión cristalizada en juntas militares, postergando todo valor y destruyendo espíritu e ideal, fueron labrando el surco que en 1921 floreció.»

1. —El general Ruiz Fornells, único subsecretario español que conservó su puesto en el cambio de régimen, pronuncia una resonante conferencia en el Museo de Ingenieros, a la que asisten, entre otros, los generales Miaja, Fanjul y Goded.

2-3-4. —La historia contemporánea de España tiene aún abierto el sumario sobre una figura capital que todavía no ha superado la fase de menosprecio ni ha recibido su lugar definitivo, bueno o malo, pero sereno, en esa historia. Falsamente rosado se abre el horizonte para don Niceto en la mañana del 11 de diciembre de 1931, fecha de su jura (promesa, perdón) como primer presidente efectivo de la Segunda República española. La sede oficial de la Presidencia fueron unas salas del palacio real, rebautizado como nacional; el resto se abrió al público. Pero don Niceto, a quien sus antiguos amigos monárquicos atribuyeron deslices de megalomanía, tuvo el buen sentido de conservar su domicilio particular en la calle de Martínez Campos, situada en un barrio entonces tranquilo de un Madrid amable y provinciano.



1



2/3





4

determinadas medidas del Gobierno y revela poco respeto a la disciplina y que en lo sucesivo se abstenga de manifestaciones semejantes y atempere su conducta a las elementales exigencias de la disciplina, de que ha hecho caso omiso en la repetida alocución; debiendo hacerse constar esta orden ministerial en la documentación personal del interesado para que surta los debidos y oportunos efectos.»

A partir de este instante, Azaña sospechará siempre. Cuando el general Ruiz Trillo le da cuenta de cómo fue reprimida la algarada anarquista de Sevilla en la última decena de julio (en la que participó, naturalmente, Ramón Franco), desvía la culpa hacia la incitación de los monárquicos y cree saber que «anda en ello el general Franco». Absolutamente falso. Franco, con su ayudante Franco Salgado, permanece en Zaragoza hasta hacer entrega, entrado ya el mes de agosto, de los edificios de la Academia a la autoridad militar. Son realmente patéticas estas últimas semanas del general en el enorme edificio vacío. Pero no totalmente inactivas. Como si tratase de preparar el próximo curso, el ex director vigila la terminación de las obras, contratadas meses antes, de un frontón para los cadetes. A mediados de mes deja a su familia en Asturias, donde va a fijar su residencia como disponible forzoso; le afecta, por lo tanto, la reducción de sueldo en un 20 por 100, que se agrava con la desaparición de las gratificaciones de mando y docencia. Cuando los días 12 y 13 de agosto Azaña registra rumores sobre un complot monárquico con participación de Franco y Orgaz, repite casi obsesivamente: «Franco es el más temible.» «Franco es el único temible.» Al día siguiente, 14 de agosto, Franco llega a Madrid para presentarse al ministro. Azaña le hace esperar toda una semana y le recibe el día 21. Durante la semana de agobiante calor madrileño, Franco habla con su hermano Ramón —que está fracasando sin ruido, gran decepción para él, en las Cortes— y visita en el Alcázar de Segovia al detenido general Dámaso Berenguer. Muchos notan en el joven general un profundo cambio de actitud; hasta entonces era todo menos retraído, y alguno de sus amigos le recuerda como gran conversador; desde el cierre de su Academia ha adquirido, como de repente, la profunda reserva que algunos han atribuido erróneamente a *toda su vida*.

No se encuentran fácilmente en los escritos y discursos posteriores de Franco alusiones claras a las contrariedades que, como militar y como director de la Academia, hubo de sufrir en los primeros meses de República. A veces, sin embargo, se le escapa la amargura, como en el primero de sus mensajes de Navidad, el de 1936, cuando recuerda al «...Ejército y la Marina atacados y minados desde el poder mismo por los ministros».

En 1933, el general Mola, que en pleno ostracismo republicano no tenía por qué prodigar las alabanzas a su amigo de Africa, firma un elogio memorable de la clausurada Academia General Mlitar:

«La Academia General de Zaragoza fue la escuela militar mejor orientada que hemos tenido; casi me atrevo a decir que no existe hoy ningún centro de enseñanza oficial en España que se le pueda comparar en organización técnica ni en perfección pedagógica. Sólida disciplina, arraigado compañerismo, plan racional de cultura física, textos reducidos y económicos, trabajo intenso del profesorado, supresión de toda asignatura inútil, esfuerzo intelectual proporcionado a la edad y cultura de los alumnos. El general Franco y el coronel Campins, almas de dicho establecimiento —que habrá de volver si alguna vez se desea tener Ejército—, acabaron con la indisciplina que ya se iba infiltrando en los colegios es-

1. —Terminada abruptamente su misión al frente de la Academia General, Franco cambia de año en Oviedo, disponible forzoso y vestido habitualmente de paisano.

2-3. —Dos estampas de Castilblanco, un pueblo de transición con una gran historia republicana olvidada ya por la vida y el futuro. La entrada al pueblo y la plaza de la Constitución, hoy del Generalísimo.

4. —Gestos preocupados, y un sí es no es agrios, en la toma de posesión del general Sanjurjo como director general de Carabineros el 4 de febrero de 1932. La medida se tomó para satisfacer a una parte radical de la opinión republicana, tras la actuación y las declaraciones del general con motivo de los sucesos de Castilblanco y Arnedo.

peciales; con el desdén que los alumnos de unas Academias sentían por los de otras; con los escolares enclenques, melenudos y plagados de lacras fisiológicas; con el escandaloso negocio de los libros de texto...; con los profesores 'caponíferos'...; con las disciplinas sin aplicación práctica en la carrera; con las interminables horas de estudio...; con la pedantería científica... La Academia General Militar causó admiración a cuantos profesionales extrajeros la visitaron. Por ser un acierto del dictador fue condenada a muerte por el señor Azaña.»

Pero el mejor testimonio de la eficacia formativa de Franco sobre sus tres cursos de cadetes en Zaragoza se deduce de la luminosa investigación sociológica del profesor Julio Busquets Bragulat acerca de la trayectoria de aquellos cadetes durante la guerra civil española. Sabido es que en las promociones anteriores la proporción de jefes y oficiales fieles al Gobierno del Frente Popular no suele bajar del 30 por 100 de los sobrevivientes el 18 de julio de 1936; en la misma promoción de Franco se registran cifras de este orden. Pues bien, de los 728 cadetes ingresados en las tres promociones de la Academia General Militar en su segunda etapa, la etapa de Franco, sobrevivían 700 el 18 de julio. Al terminar la guerra civil fueron depurados, con pérdida de la carrera, 34, de los que 4 habían sido fusilados en zona nacional. En la zona republicana fueron fusilados 84 y murieron en combate a las órdenes supremas de su antiguo director 134. El primero de abril de 1939 quedaban en servicio 442. El balance de recompensas es brillante: 4 laureados y 10 ascendidos por méritos de guerra, que al filo de la victoria habían alcanzado ya el grado de comandantes. Los demás eran entonces capitanes. Pero el balance más aleccionador es el porcentaje de cadetes de Franco que se alinearon, a una y a otra zona, en vida y en muerte, con Franco; nada menos que el 95 por 100. Un dato que puede explicar bastantes cosas, mejor que muchas disquisiciones.

La obsesión de Manuel Azaña por el discurso de Franco en la clausura de la Academia perdura nada menos que hasta el 9 de diciembre de 1932, cuando se asegura, en su diario, la transcripción oficial de la reprimenda. Tanta persistencia debía responder a raíces profundas; el 12 de julio de 1932, al comentar un discurso de Lerroux, Azaña lo explica todo al confesar que se desvela con el fantasma de la Academia General. Sus frase son estas:

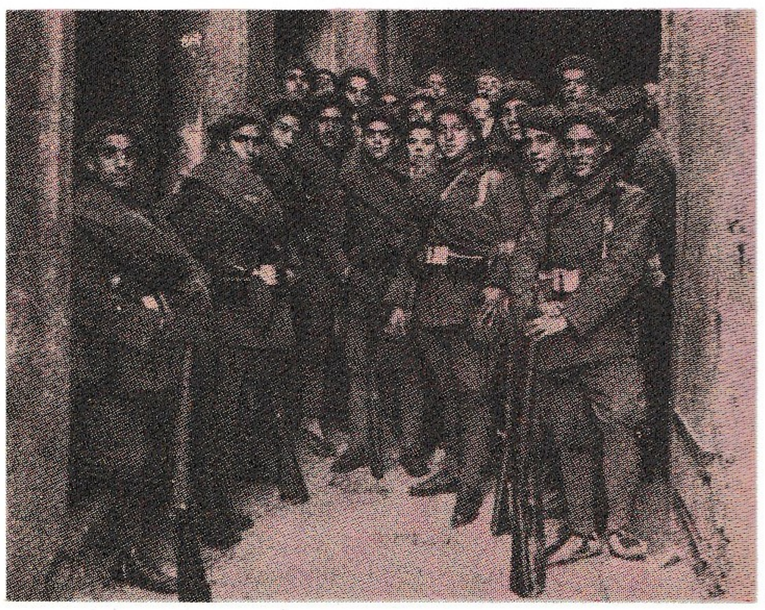
«Me han despertado a las ocho y media porque tenía que acompañar al presidente a su viaje a Toledo. Había dormido muy poco, tres horas. Me desvelé pensando en la atrocidad de Lerroux en Zaragoza, y como en estos insomnios preocupados la imaginación me concreta y materializa excesivamente las cosas, he tenido danzando ante los ojos toda la noche a la Academia General Militar... Objeto que representa mi disgusto, porque en él se marca el principio del desmoronamiento de todos mis trabajos. Creo que por primera vez me ha desvelado una contrariedad de esa índole.»

Terminada su visita al ministro de la Guerra, el general Franco regresa inmediatamente a su forzoso destino vacío en Oviedo, como antaño entre dos estancias africanas. Allí se refugia en la familia, en el estudio, en la amistad. Y con mayor hondura que otras veces, en la soledad y el silencio.

La renuncia a la guerra

Como en sus anteriores residencias ovetenses —1917 y 1922— Franco combina la dedicación al estudio —centrado ahora cada vez más en temas políticos— con el comenatario y el análisis de las noticias españolas y extranjeras en un año que, para lo interior y lo exterior, se marca cada vez más profundamente con los signos de la crisis total de las instituciones, de los regímenes y hasta de las grandes ideas-fuerza de la política, la economía y la sociedad: son las vísperas españolas y universales del hundimiento material y moral de la democracia, los maitines y los laudes de todos los totalitarismos blancos, marrones, negros y rojos. El 1 de septiembre, los amigos militares y civiles del disponible forzoso Francisco Franco —el círculo se ha reducido imperceptible, pero significativamente— comentan a su lado el ingreso en Prisiones





1



2

3

1. —Enero de 1932: Azaña se reúne en el Ministerio de la Guerra con los caballeros de la orden militar de San Hermenegildo. Fue muy comentada la presencia de Sanjurjo sin uniforme.

2. —Azaña, demasiado propenso a las frases altisonantes en momentos de crisis, dio públicamente al general Batet un cuarto de hora para aplastar la rebelión del Llobregat en enero de 1932; a pesar de la inequívoca procedencia anarquista de aquellas algaradas, la proclamación del comunismo libertario ofuscó al Gobierno y don Manuel presentó personalmente la primera denuncia contra el comunismo como causante del desorden público republicano. No es errata: el mismo ministro de la Guerra lanzó por primera vez en los años treinta la evocación del "oro de Moscú" para explicar el fallo político de su Gobierno.

3. —Estación internacional de Irún, en los estertores del invierno, en febrero de 1932. En pequeños grupos, los jesuitas jóvenes —sin una sola deserción— abandonan España. Los jesuitas formados quedarían en el interior, en pequeñas comunidades más o menos toleradas por la República.



UN CAUDILLO DEL TERCIO

DON FRANCISCO FRANCO BAAMONDE

El nuevo jefe de la Brigada de Infantería de esta División es, como se sabe, un distinguido gallego, natural de la vecina ciudad ferrolana, que, por merecimientos propios, por su pericia y su valor, ha hecho carrera brillante y rápida hasta alcanzar el generalato.

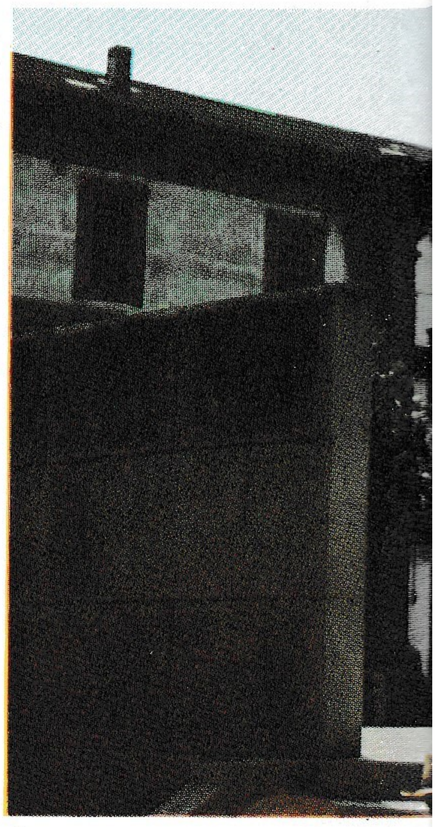
Su valiente actuación—que al frente del Tercio de Extranjeros durante la campaña de Marruecos, compartió con Millán Astray y otros bravos jefes—, le ha valido recompensas merecidísimas, el afecto de sus subordinados y la admiración de todos.

En la Dirección de la Academia Militar de Zaragoza, ha hecho acertada gestión, llevada con inteligencia y tacto; y en toda ocasión el general Franco ha demostrado sus altas cualidades de militar y sus nobles dotes de caballero, correcto y digno.

Correspondemos a su saludo al tomar posesión del cargo, con la misma sincera cordialidad.

1. —*La Voz de Galicia,* 21 de febrero de 1932.





2-3. —Escenarios de la vida militar de Franco en La Coruña, en 1932. El edificio de la comandancia y el cuartel de Infantería (en primer término, moderno monumento a un coruñés de pro, Millán Astray)

4. —Sanjurjo pasea el 10 de agosto de 1932 por las calles de Sevilla junto a su hijo Justo, al teniente coronel Varea —jefe del tercio de la Guardia Civil — y al general (de paisano) García de la Herrán, una vez que su presencia había decidido ya, sin lucha, el triunfo de la sublevación contra la misma República que le había enviado, un año antes, a la ciudad para sofocar un complot anarquista.

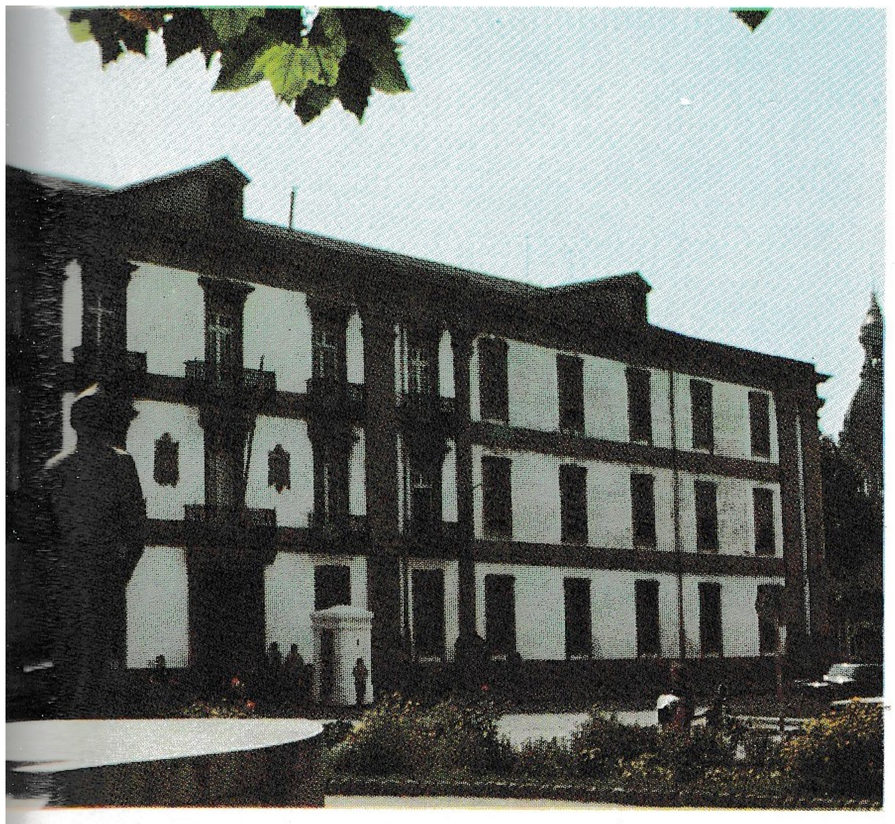
5. —Fracasado su intento de ocupar Correos y el Ministerio de la Guerra, los últimos rebeldes del diez de agosto madrileño se refugiaron en esta casa de la calle de Bárbara de Braganza, donde terminó el breve episodio bélico.

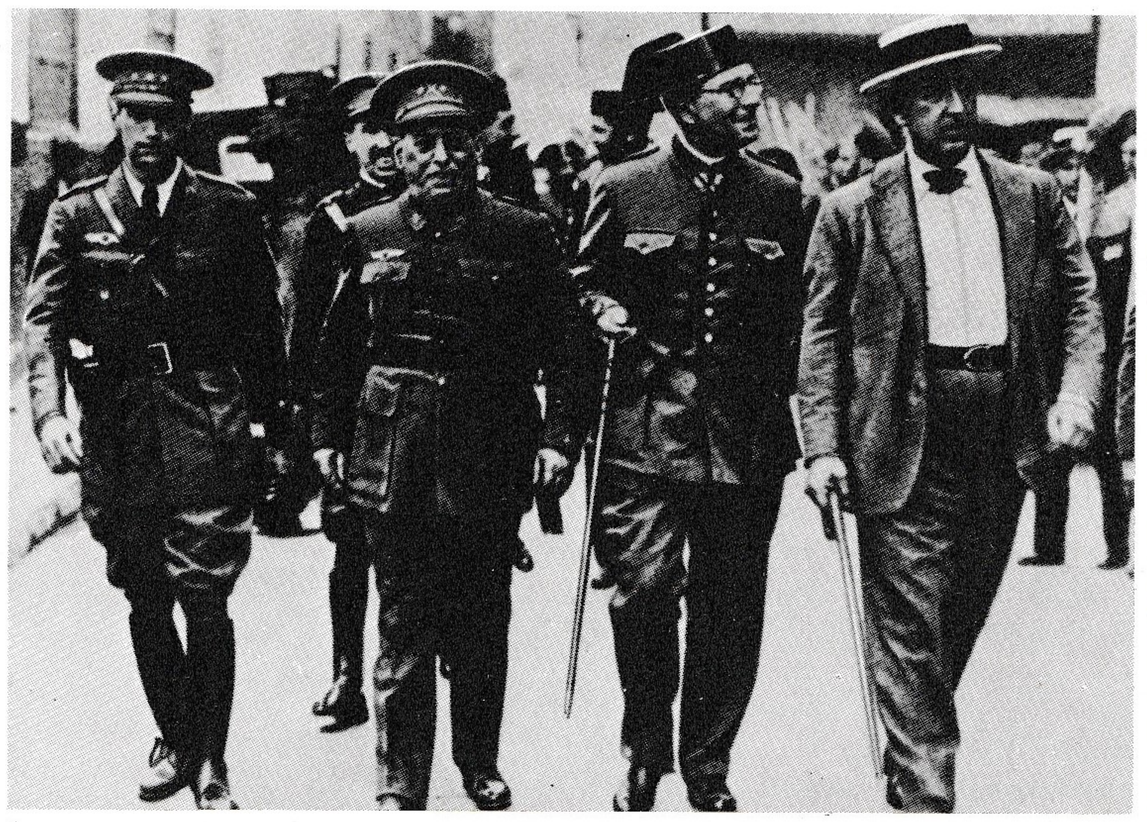
Militares de todos los generales de «los dos directorios». El día 3, nuevo asalto azañista al Ejército tradicional: supresión del Consejo Supremo de Justicia Militar, que supone el naufragio definitivo de la Ley de Jurisdicciones; una sala especial del Tribunal Supremo entendería en los altos asuntos judiciales de las fuerzas armadas. El 4, Azaña firma la baja en el Ejército del general Severiano Martínez Anido, un ex ministro de Primo de Rivera que sería, siete años más tarde, ministro de Franco.

Durante el verano y el otoño, los eficaces burócratas socialistas que regían el Ministerio de Trabajo continúan su actividad legislativa social, heredera por tantos conceptos de la Dictadura; los comités paritarios de Primo de Rivera se van transformando en jurados mixtos (era casi lo mismo) y, tras el fracaso de la Ley de Términos Municipales, dictada en abril para favorecer la contratación local de obreros agrícolas, el ministro Francisco Largo Caballero publica el 29 de septiembre la de Contratos de Trabajo, una de las cumbres legislativas del régimen republicano. El mismo día, y cara a unas elecciones complementarias de las Constituyentes en que se ventilaba un escaño por Madrid, Manuel Azaña ve segura la victoria del hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, sobre el candidato del partido comunista e improvisa una artificial coalición republicana, que consigue el puesto para don Manuel Bartolomé Cossío, patriarca de la Institución Libre de Enseñanza. José Antonio Primo de Rivera queda en segundo lugar y triplica los votos comunistas de Madrid con su grito electoral: «¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!» Se trata, seguramente, del primer signo tangible de una seria reacción de la derecha española tras el anonadamiento de abril.

Pero al ministro de la Guerra le preocupaban más otros signos de franca conspiración antirrepublicana. El 9 de septiembre llegan al Ministerio de la Guerra unos ejemplares de *La Correspondencia Militar* con unos encartes subversivos que recuerdan las viejas proclamas de las juntas de defensa; Leopoldo Menéndez lleva a Manuel Azaña uno de los panfletos, dirigido a nombre del comandante Bartolomé Barba. La U. M. E. —Unión Militar Española— está naciendo en el otoño de 1931; el general Orgaz surge en todos los rumores, que apuntan también al general Sanjurjo, cuya fe republicana comienza a vacilar. El 21 de septiembre es Gonzalo Queipo de Llano quien denuncia al ministro, y con ese mismo nombre, una posible *sanjurjada*. El bizarro general republicano participa por aquellos días en dos altercados políticos: uno en el gabinete militar y otro en el *Lion d'Or*.

Azaña decide que la mejor defensa es el ataque y el día 7 de octubre, aniversario de Lepanto, queda declarado oficialmente por el ministro Día del Ejército, en sustitución de los diversos patrones y patronas de armas y cuerpos. Azaña preside en el Alcázar de Toledo la fiesta de la nueva bandera entregada a las academias de Infantería, Caballería e Intendencia, alojadas allí. Por la noche, los militares de Madrid son obsequiados en el Hotel Palace con un banquete general presidido por el Gobierno en pleno. Es una notable victoria del ministro de la Guerra, que se afianza a vanguardia de la República con su célebre discurso del 13 de octubre —«España ha dejado de ser católica»— sobre el artículo 24 de la Constitución. Al dimitir violentamente el presidente del Gobierno, Alcalá Zamora, y el también





4



5

ministro católico Miguel Maura, Azaña, que conservará la cartera de Guerra, forma su primer Gobierno al día siguiente. Uno de sus primeros actos es presentar y conseguir la aprobación de la Ley de Defensa de la República, restricción de cuño totalitario a la constitución nonata. Noviembre es un mes de espera y presagio: el día 19, los sargentos y suboficiales protestan duramente por la nueva ley de oficialidad subalterna con que Azaña pretendía halagarles. Es muy aleccionador que la primera protesta colectiva y expresa contra las reformas de Azaña venga de las escalas inferiores del Ejército. Azaña y la República no aprendieron la peligrosa lección.

En vísperas de su cese como ministro de Hacienda —donde había desempeñado una excelente labor en defensa de la peseta y en preparación de una reforma de fondo—, Indalecio Prieto consigue que se apruebe el 26 de noviembre su Ley de Ordenación Bancaria que, contra lo imaginable, dejaba incólume el poderío económico de los grandes bancos en pleno auge. El 9 de diciembre queda promulgada la Constitución de la II República, que por desgracia nace como bandera de discordia, como Constitución *contra* más que como proyecto sugestivo de vida en común. Franco y sus amigos comentan con cierta ironía en Oviedo el artículo por el que el nuevo régimen renuncia a la guerra como instrumento de política nacional. Ortega había dejado escrito algo tan drástico como ingenuo sobre el Ejército: «Eliminada su razón de ser, la posibilidad de una guerra,...» De esto hacía ya muchos años. La frase orteguiana que se repetía a fines de 1931 por todos los cafés del país era otra: «No es esto, no es esto.»

El 10 de diciembre de 1931, don Niceto Alcalá Zamora es elegido primer presidente de la II República. Su primera decisión es encargar la formación de nuevo Gobierno a Azaña, que mantiene el anterior con ligeras modificaciones, entre las que destaca el traslado de Indalecio Prieto de Hacienda a Obras Públicas. Dos comentarios de cara a la nueva etapa. Primero, el del profesor Jesús Pabón sobre don Niceto: «En la Presidencia —y en esto están conformes todos los autores— le dominaban preocupaciones menores, personales y políticas.» Segundo, el del nuevo jefe del Gobierno, don Manuel Azaña, el mismo día 9 de diciembre, aurora de la Constitución republicana: «Rodeado de imbéciles, gobierne usted si puede.»

1932: Franco en La Coruña

El año 1932 estaba destinado por Manuel Azaña para desencadenar y llevar a cabo su personal *revolución desde arriba;* decidido a atacar a la vez en todos los frentes, se propone culminar las reformas institucionales del Ejército y la Iglesia, la reforma autonómica de Cataluña, la reforma social del campo español. Todo va a quedar en una sucesión de abortos, porque semejante convulsión nacional —tan necesaria, por otra parte— no podía emprenderse sin colaboradores geniales, sin despliegue comunicativo de doble vía y sin más medios que el sectarismo gubernamental para responder al sectarismo enemigo.

El primer día del año Azaña recibe un aviso trágico: Castilblanco. Una insurrección campesina de signo anarcoide, aunque bajo teórica bandera socialista, provoca en ese poblachón extremeño el linchamiento de los guardias civiles del puesto. Cuatro días más tarde, el 8 de enero, los guardias de Arnedo, impresionados por la matanza de Castilblanco, abren fuego contra los extremistas amotinados que se dirigían a la casa cuartel. El director general de la Guardia Civil, Sanjurjo, comenta ante los guardias descuartizados en Castilblanco que ni en Monte Arruit se había visto nada semejante. Tres días después, Manuel Azaña anuncia a Sanjurjo su destitución y traslado a la Dirección General de Carabineros; Miguel Cabanellas le sustituye en la Guardia Civil. Ese mismo día, Sanjurjo decide derribar a Azaña. Y Azaña lo sabe.

El ambiente represivo de la República se enrarece hacia la derecha y hacia la izquierda. El 19 de enero, Azaña ordena al general Batet, jefe de la IV división, que reprima con todo rigor la sublevación «comunista» —según Azaña— del valle del Llobregat, donde, en realidad, la F.A.I. había proclamado el comunismo libertario en media docena de pueblos. La orden de Batet es que entre la llegada de las tropas y el fin de la revuelta no pase más de un cuarto de hora; la

DOS VERSIONES PARA UNA ENTREVISTA

Las graves dificultades con que tropieza un historiador que de verdad desee la objetividad quedan de manifiesto con sólo contraponer dos versiones de un mismo suceso histórico. Sirva de ejemplo la entrevista de Francisco Franco y Manuel Azaña el 18 de agosto de 1931. El ministro de la Guerra está decidido a pedir cuentas al cesado director de la Academia General Militar por su discurso del 14 de julio. El primer biógrafo de Franco, Joaquín Arrarás (que por su proximidad al personaje fue calificado durante mucho tiempo de oficioso), experto también en el análisis —desde un punto de vista beligerante— sobre la figura de Manuel Azaña, da una primera versión de la entrevista. El propio Manuel Azaña, a quien la figura de Franco infundía ya desde entonces, como se analiza en el texto, un extraño respeto, escribió su referencia personal de los hechos aquella misma noche. La impresión del historiador discurre por una vía media: la entrevista sería seguramente cortés, fría y lejana, nada triunfalista por ninguna de las partes. Pero las dos versiones son éstas:

«*La alocución (de Franco) disgustó profundamente al Gobierno y Azaña apercibió de oficio al director de la Academia.*

El efecto lacerante del discurso duraba todavía, cuando Franco, ya disponible, se presentó, como era su obligación, al ministro. Este le dijo:

—He vuelto a leer su orden extraordinaria a los alumnos y quiero creer que usted no ha pensado lo que escribió.

—Señor ministro —replicó el general—, yo no escribo nada que no haya pensado antes.

Sí, lo había pensado. Y si tuviera que escribirlo otra vez —repetía Franco ante sus íntimos— no modificaría ni una coma.»

(*Joaquín Arrarás*, Franco)

«*Recibo al general Franco, a quien no había visto desde que se me presentó, a poco de venir la República. Ayer estuvo a visitar al subsecretario, quien le recordó que es obligatorio presentarse al ministro, y se lo aconsejó como compañero.*

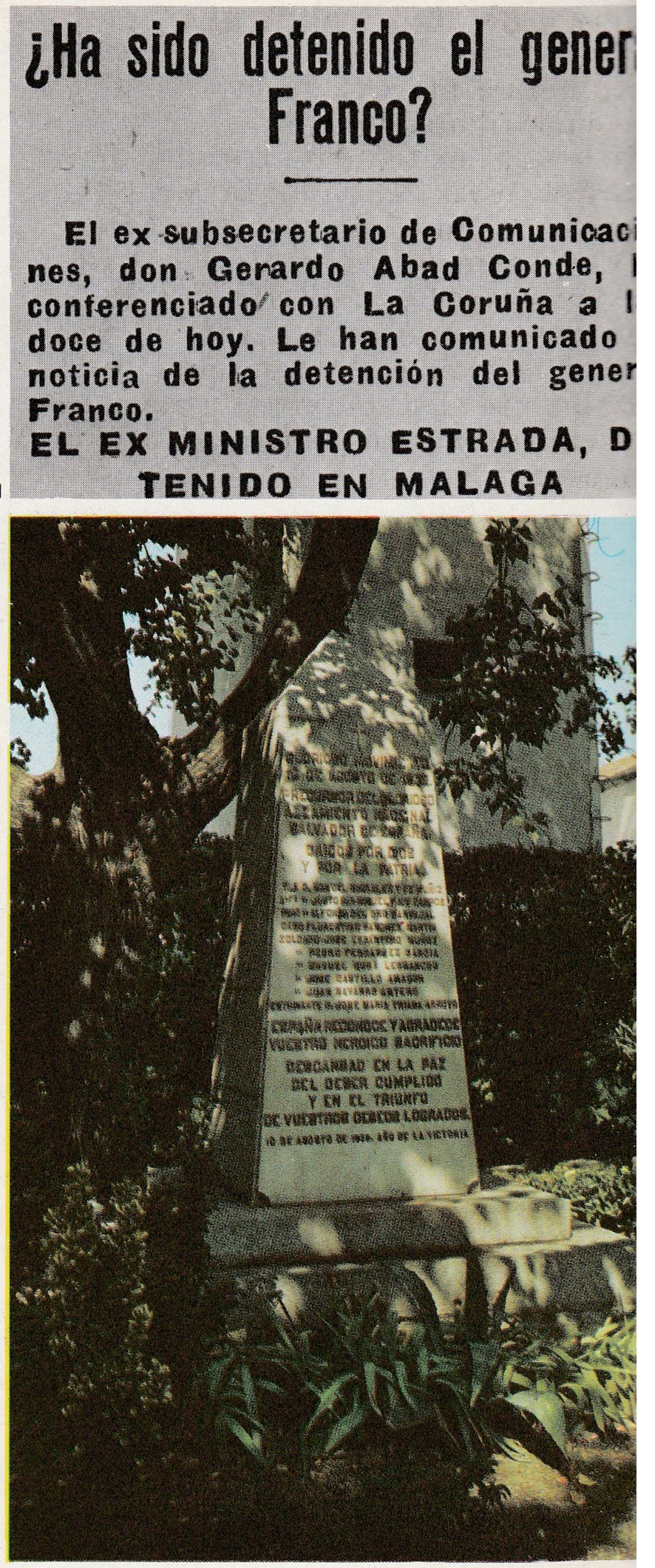
He recibido muy bien al general. Le digo que me dio un disgusto con su proclama y que no la pensó bien. Pretende sincerarse, un poco hipócritamente. Le aconsejo que no se deje traer y llevar por sus amigos y admiradores, porque en la vida pública no se es lo que uno quiere, sino lo que los demás se empeñan en hacer de uno. Hace protestas de lealtad, y aunque le han buscado, ha dicho que respeta al régimen constituido, como respetó a la Monarquía. Me hace una gran defensa de la Academia General, que he suprimido, contra la que había muy mal ambiente en el Ministerio.

Como yo le dejo entrever que, cambiando las circunstancias del momento me sería grato utilizar sus servicios, me responde con una sonrisita: '¡Y para utilizar mis servicios me ponen policía que me sigue a todas partes en automóvil! ¡Habrán visto que no voy a ninguna parte!'

(En la Dirección de Seguridad han hecho, pues, una tontería. Le dije a Galarza que vigilaran lo que hacía este general, y se les ocurre ponerle detrás un auto, con tres agentes. Esta tarde le he dicho a Galarza que se lo quite.)

Le recuerdo el ejemplo de su hermano, que tuvo toda mi confianza, y a quien la popularidad le ha llevado adonde quizá no pensaba ir, y adonde quizá esté arrepentido de haber llegado. La entrevista concluye con las cortesías de uso.»

(*Manuel Azaña*,
Memorias políticas y de guerra)


¿Ha sido detenido el gener
Franco?

El ex subsecretario de Comunicaci
nes, don Gerardo Abad Conde, h
conferenciado con La Coruña a l
doce de hoy. Le han comunicado
noticia de la detención del gener
Franco.
EL EX MINISTRO ESTRADA, D
TENIDO EN MALAGA

1

3

orden se cumple. El 23 de enero queda disuelta por decreto la Compañía de Jesús en España. El 27, Azaña comenta en su diario la corrupción y el politiqueo de los funcionarios civiles republicanos en la Alta Comisaría Civil de Marruecos, y recuerda, quizá con nostalgia, la candidatura del general Franco a la Alta Comisaría, propuesta en abril por Miguel Maura; la noticia lanzada por *ABC* no carecía, pues, de fundamento. Ante todo este aluvión de informaciones, algunos militares meditan sobre el ejemplo del ayudante de Azaña, comandante Tomás Peire, que ha abandonado la milicia para contraatacar al ministro de la Guerra desde las filas lerrouxistas en las Cortes; se dice que Franco piensa seriamente imitarle. Pero no ha sido más que una nube y un rumor del invierno asturiano. El 21 de febrero, *La voz de Galicia* saluda el destino del general Franco como jefe de la XV brigada de Infantería y comandante militar de La Coruña; sobre la fotografía figura un titular expresivo: «UN CAUDILLO DEL TERCIO.» Franco comienza inmediatamente, según su inveterada costumbre, la puesta a punto de los dos regimientos de su brigada: el número 8, de guarnición en La Coruña —el primer regimiento de su vida militar—, mandado ahora por el coronel republicano Rogelio Caridad Pita, y el 12, con sus batallones destacados en Lugo y Orense. Se encarga de la vigilancia politicomilitar de Franco en Galicia el antiguo colaborador-enemigo de Mola, coronel de la Guardia Civil, Aranguren.

El decreto de 9 de marzo pone en manos del ministro de la Guerra una poderosa palanca de coacción militar: los generales que llevasen seis meses en situación de disponible pasarían auto-



2



4

1. —*Heraldo de Madrid,* 11 de agosto de 1932. La respuesta es no.

2. — El general Sanjurjo sonríe en la plaza de las Salesas con la secreta esperanza, quizás, de que su juicio se convierta en la parodia del que organizó en el mismo lugar y en vísperas republicanas, su colega don Ricardo Burguete. No fue así. El general García de la Herrán no ha tenido tiempo de cambiarse ni la pajarita ni el canotier desde las calles de Sevilla.

3. —El recuerdo del diez de agosto de 1932 se perpetúa en el Madrid de la postguerra mediante una calle que fue escenario lateral de los hechos —Héroes del Diez de Agosto — y este monolito en el Depósito Central de la Remonta, en Tetuán de las Victorias.

4. —Un efecto fulminante del diez de agosto: la aprobación del estancado Estatuto catalán, sobre el que pone aquí su firma el presidente de la República en San Sebastián, la ciudad del Pacto.

máticamente a la reserva. Franco se ha librado por semanas. Fiel a su costumbre de lanzar a pares los decretos antimilitaristas, Azaña suprime en la misma fecha los periódicos politicomilitares, como la semisubversiva *Correspondencia Militar* y la revisionista *Ejército y Marina*. Es inevitable que Franco y otros muchos militares españoles capten en esas semanas la convergencia de los nuevos ataques azañistas con el ingreso en la masonería del ministro de la Guerra, que se produce exactamente entonces, según la confesión de su *Diario* en la noche del 5 de marzo, confesión, por cierto, que revela una actitud mucho más crítica que entusiástica ante el ingreso.

El día 16, Azaña sigue, sin saberlo, la pista exacta de la conspiración militar que está fraguándose: «Me dicen que el capitán Barba fue delegado gubernativo con Primo de Rivera, que es monárquico y que está manejado por Peire y el teniente coronel Galarza.» Era verdad; el teniente coronel Valentín Galarza es una figura clave para la historia secreta de la II República. Cuando Azaña recibe este informe ya estaba más o menos en el centro de una conspiración encabezada por Sanjurjo. Pasaba, dentro del Ejército, por amigo del general Franco. Lo era.

El 19 de abril, Azaña encarga al jefe del Estado Mayor Central, general Goded, y al subjefe, el fiel republicano Masquelet, un informe urgente sobre las fortificaciones de las Baleares, a todas luces insuficientes. El nuevo jefe de la brigada coruñesa, Franco, inspecciona por esos mismos días los batallones destacados en las capitales gallegas del interior. Durante el mes de mayo de 1932, el descontento castrense contra el ministro de la Guerra se encona en forma de contactos conspiratorios cada vez más amenazadores, y siempre alrededor del depuesto general Sanjurjo. Para quitarse enemigos de encima, Azaña acude el 6 de julio al mismo expediente de las primeras semanas de República y convoca un nuevo plazo de reservas y retiros. La terapéutica, ya se ha visto, era exactamente la contraindicada y los presuntos conspiradores a sueldo del régimen incrementan un poco más sus ya nutridas filas.

Unos días antes, el 27 de junio, el famoso incidente de Carabanchel había revelado las gravísimas disensiones, cerca ya del punto crítico, dentro de la familia militar. Sin que el ministro de la Guerra se enterase, los tres regimientos de la guarnición madrileña marchan esa madrugada hacia el campamento de la carretera de Extremadura para confraternizar con los cadetes de las academias, que celebraban allí unas prácticas conjuntas. Discursos en el banquete de clausura, que se pone al rojo vivo con el «viva España y nada más» del general Goded. El teniente coronel Mangada profiere un viva a la República que provoca su arresto; quizá para quitarse la vergüenza de su pasividad en Jaca, el original jefe republicanísimo pisotea su guerrera y sus estrellas. Azaña cede a la presión de sus correligionarios políticos y destituye fulminantemente a los tres generales implicados; Caballero, Villegas —jefe de la división— y Goded. Con ello pierde definitivamente el apoyo y la esperanza de los indecisos en las fuerzas armadas.

La conspiración militar avanza casi a pecho descubierto. Políticos oportunistas del centro y la derecha republicana se acercan a Sanjurjo con ánimo de legalizar su golpe previsto: Melquiades Alvarez, Burgos y Mazo, Juan Pujol y,

1. —Los dos artífices del estatuto para Cataluña, Manuel Azaña y Francisco Maciá. Pasarían los años, y el segundo presidente de la República española prodigaría sus más duros dicterios contra sus antiguos amigos catalanes.

2. —*La Voz de Galicia* da cuenta detallada, en la primera plana de su número del 18 de septiembre de 1932, de la visita de Azaña y Casares Quiroga a La Coruña.

3-4. —Se ha dicho que durante la estancia coruñesa de don Manuel Azaña en 1932, el general Franco eludió retratarse junto al jefe del Gobierno. Los hechos no encajan con semejantes apreciaciones. Aquí se les ve juntos, acompañados de algunas autoridades de Madrid y la provincia: Carlos Esplá, González López, Tenreiro, Rodríguez Pérez, Manuel Iglesias Corral y el general Vera Valdés entre ellos.



1

sobre todos, Lerroux, que juega descaradamente a dos paños: mientras conspira con Sanjurjo, avisa al Gobierno, sin dar nombres, de la tormenta militar. Ni que decir tiene que la derecha monárquica, aterrada ante las perspectivas de la reforma agraria y laboral, apoya incondicional, aunque desordenadamente, los proyectos contra Azaña. Don Alejandro Lerroux sentía, además, hacia el Ejército una sincera simpatía: familia de militares, sus contactos políticos con la oficialidad joven eran conocidos de antiguo, desde los mismísimos tiempos de Ruiz Zorrilla. Una creciente mayoría del Ejército —entre la que se encuentra el general Franco— ve en don Alejandro la posibilidad de una corrección republicana al rumbo personalista y —según ellos— netamente sectario de Azaña. El 11 de julio de 1932, la presunta víctima de todo este movimiento —presentado hábilmente como un movimiento de opinión pública— escribe al comentar el discurso de Lerroux en Zaragoza: «Y como no está enterado de nada ni conoce de qué habla, se le ha ocurrido prometer a Zaragoza que, cuando gobierne, reinstalará la Academia General Militar con el general Franco a la cabeza, y, dejando entrever que yo sería también ministro de la Guerra, asegura que me haría rectificar.» Esa es, precisamente, la noche de la pesadilla antes citada.

Sanjurjo, cómodamente encubierto por su dirección general de Carabineros, trata de asegurarse el concurso de Franco para su golpe de Estado. El día 13 de julio de 1932, la prensa gallega da la noticia de su llegada a La Coruña, junto con sus ayudantes, los tenientes coroneles Arias y Esteban



Año LI. — Número 16.375

SUSCRIPCION

La Voz de Galicia

Domingo 18 Septiembre 1932

Fundador, D. JUAN FERNANDEZ LATORRE — La Coruña — TRES EDICIONES DIARIAS

El Jefe del Gobierno y el Ministro de la Gobernación en La Coruña

EL PUEBLO LES TRIBUTA UN CALUROSO RECIBIMIENTO

DON MANUEL AZAÑA

EL SEÑOR CASARES QUIROGA

UN BANDO DEL ALCALDE

HACIA LA CORUÑA

Del viaje del Presidente del Consejo

PERNOCTO ANOCHE EN LEON

EL PASO POR VILLAFRANCA

EN EL PALACIO MUNICIPAL

2

Infantes. A mediodía almuerza con Franco. De noche, «fue favorecidísima su tertulia de amigos y camaradas en la terraza del América». Franco le da buenas palabras, pero no se compromete. *La Voz de Galicia* comenta el viaje con sorna muy de la tierra: «Lleva excelente impresión de su viaje por Galicia, cuyo paisaje le encanta.»

El día 30 de julio de 1932, el director de *El Socialista* permite la inserción, bajo el epígrafe de *Glosas ingenuas*, de un artículo, *Psiquiatría militar*, que sella, desde entonces, una implacable declaración de guerra entre numerosos militares y los dirigentes marxistas. El artículo era, además de impertinente, absolutamente innecesario; solamente respondía a un desahogo de mal humor, pero debe alinearse desde su misma publicación como otro de los arranques de la guerra civil.

El diez de agosto

A las cuatro de la madrugada del 10 de agosto de 1932, el general José Sanjurjo Sacanell da en Sevilla el grito de rebelión contra la República *de Azaña* —no contra la República, nótese bien— y, tras ciertas vacilaciones de fuerzas militares y fuerzas vivas, consigue rápidamente el dominio de la ciudad; el concurso de la Guardia Civil fue decisivo y unánime. Casi exactamente a la misma hora, Manuel Azaña, avisado a tiempo por las confidencias de una prostituta, contempla desde su mismo despacho cómo grupos de militares retirados intentan una y otra vez apoderarse del Ministerio de la Guerra y del Palacio de Comunica-



3/4

ciones. El director general de Seguridad, Arturo Menéndez, dirige personalmente el contraataque de las fuerzas de orden público —Guardia Civil y Asalto. Tras un sangriento tiroteo aborta la intentona y los atacantes de la Cibeles huyen o se entregan. Las unidades militares comprometidas prácticamente no se mueven. El fracaso en toda España es absoluto; Sanjurjo, tras un intento de huída a Portugal, se entrega a la Guardia Civil de Huelva. Dicen testigos presenciales que la pregunta constante de Manuel Azaña durante aquellas horas inciertas fue solamente ésta: «¿Dónde está Franco?»

Franco estaba tranquilamente en su despacho de la XV brigada, sin mover un dedo a favor de la conspiración. En La Coruña los republicanos se habían lanzado bien pronto a la calle. Franco preparaba ostensiblemente para esa misma mañana una excursión por las rías bajas, pero recibió de la división orden de no moverse y no se movió. Unos días antes había estado en Madrid con el pretexto reglamentario de escoger caballo y con toda seguridad recabó informes completos de Valentín Galarza, cuyas dotes conspiratorias quedaron muy desaprovechadas entonces por la mala organización del general Barrera, jefe del golpe madrileño, y quizá del propio Goded, quien pasó la jornada en El Escorial en espera de una posible intervención. Quizá sea Galarza el desconocido «amigo íntimo» a que se refiere la confidencia revelada por Millán Astray, que pone en boca de Franco estas palabras en el entorno del diez de agosto:

«Yo, que no he querido intervenir en la política nacional, ni he querido sublevarme, lo haré seguramente el día que vea o que disuelven la Guardia Civil, o que llega la hora del comunismo, y ese día, solo o con todos los que me sigan, me echaré al campo.»

El *Heraldo de Madrid* publica al día siguiente el clásico bulo: «¿Ha sido detenido el general Franco?» Franco figura también en la lista de conspiradores publicada el día 14 de agosto por *El Liberal:* González Carrasco para Granada, Cavalcanti en Madrid, Despujols en Valencia, el coronel Varela en Cádiz, Barrera en Barcelona, Sanjurjo en Sevilla y Franco en La Coruña (la lista contiene errores y verdades a medias). Pero en el mismo número se publica un despacho de El Ferrol fechado el 13: «Ha llegado el general Franco, a quien la suspicacia popular suponía complicado en el fracasado complot. La sospecha no se ha confirmado.»

El día 29 de agosto, aun reconociendo que no tiene ni una sola prueba que lo justifique, Azaña expulsa del Ministerio de la Guerra al teniente coronel Valentín Galarza. En sus reflexiones acaba considerando al diez de agosto como un momento decisivo y definitivo en su confrontación con el Ejército, como un «mano a mano con Sanjurjo, que era una especie de semidiós para los militares». Sanjurjo, condenado a muerte e indultado, marcha al penal del Dueso, en Santoña, como un preso común. La República, evidentemente, no había aprendido la lección de la jornada. Tampoco la aprendieron sus dos protagonistas, José Sanjurjo y Manuel Azaña. La comprendieron, en cambio, perfectamente tanto la Guardia Civil como el jefe de la XV brigada coruñesa.

Sanjurjo, que conocía bien la relevante actuación de Franco en el segundo Consejo de Guerra por los sucesos de Jaca —sólo año y medio antes—, consultó al joven general, que le visitó en prisiones militares, sobre la posibilidad de que asumiera su defensa. Un testigo presencial recuerda aún, muchos años después, la inmediata respuesta del jefe de la brigada coruñesa a su admirado maestro de Africa: «Podría, en efecto, defenderle a usted, pero sin esperanza. Pienso en justicia que, al sublevarse usted y fracasar, se ha ganado el derecho a morir.» Sin el diez de agosto como imperfecto y parcialísimo ensayo no pueden entenderse las vacilaciones y las decisiones del dieciocho de julio.

Después del diez de agosto

El aldabonazo del diez de agosto —el último de los pronunciamientos decimonónicos en pleno siglo xx— puso en marcha la máquina parlamentaria del bienio azañista, empantanada ante las reformas agrarias y autonómica. Por supuesto que las represalias se centran por el momento en los terratenientes —la nobleza ve expropiadas sus tierras sin indemnización— y en los dos institutos armados —Guardia Civil y Carabineros—, que ven convertidas en inspecciones sus direcciones generales. El 12 de septiembre, Azaña lanza su ley de reclutamiento de la oficialidad, que reserva un 60 por 100 de las plazas a los suboficiales y sargentos, a la vez que deja al simple arbitrio del ministro los ascensos al generalato. No ha aprendido nada: vuelve a convocar un tercer plazo para reservas y retiros voluntarios. El 15 de septiembre, don Niceto Alcalá Zamora firma en San Sebastián, la ciudad del Pacto, el estatuto de la Cataluña autónoma, considerado por una mayoría de las fuerzas armadas como una concesión al desmembramiento de la patria. Dos días más tarde, el sábado 17 de septiembre de 1932, el general Franco forma entre las autoridades coruñesas que reciben en la estación al ministro, también coruñés, don Santiago Casares Quiroga, quien parte inmediatamente para Lugo, donde se incorpora a la comitiva del jefe del Gobierno. Las autoridades, Franco entre ellas, esperan al jefe del Gobierno en el Puente del Pasaje, adonde llega, en medio del clamor popular republicano, a las siete y media de la tarde. El automóvil presidencial pincha varias veces y la comitiva se dirige a pie al Ayuntamiento. En el despacho del alcalde, Azaña insiste en fotografiarse junto al general de la XV brigada y así se hace, aunque biógrafos apriorísticos parecen haber olvidado los ajados retratos. En cambio, cuando al día siguiente, 18 de septiembre, Azaña y Casares visitan El Ferrol, el general ferrolano se queda tranquilamente en La Coruña. Tampoco asiste a la fiesta en el Sporting Club, con señoras; Carmen Polo y Martínez Valdés se sintió oportunamente indispuesta. A las diez y media en un banquete oficial en el Atlantic Hotel para hombres solos, Franco se sienta en la presidencia. Hablan el alcalde, Casares y Azaña, quien dirige un inequívoco «trágala» a Franco: «La República es hoy tan estable como el 14 de abril.» Justifica que combatan a la República los extremistas de izquierda, «pero lo que no tiene fundamento, ni lógica, ni sentido común, es combatir a la República en nombre del orden, de la tranquilidad y de la paz públicas, porque hoy no hay en el horizonte español otra posibilidad que la República, ni hay nada que pueda sustituirla. ¡Y desgraciados de los que la combatan en nombre de aquellos principios, si la hipótesis absurda de su triunfo pudiera realizarse, porque ellos serían los primeros en pagar a muy caro precio las consecuencias de su ceguedad!» Poco después insiste: «Conspirar contra la República, sembrar obstáculos en su camino, eso ni es lícito ni hemos de tolerarlo.» Lanzado a la profecía, llega a predecir una insurrección que «nos derribase a todos de nuestros cargos» y «derrocase al Gobierno», pero afirma que el pueblo restablecería la situación «en veinticuatro horas».

Los profetas de la política española no suelen acertar en sus cómputos horarios. En sus documentos secretos, Emilio Mola fijaría, a la insurrección vislumbrada por Azaña, setenta y dos horas para que sus columnas se apoderasen de ese Ministerio de la Guerra de donde Azaña acababa de echar al técnico de la insurrección, don Valentín Galarza Morante.

Ni con el explosivo diez de agosto por medio acaba 1932 como el año de la revolución republicana. El 23 de septiembre, poco después de sus admoniciones coruñesas, Azaña crea, al fin, el Instituto de Reforma Agraria; pero su balance de asentamientos a fines del bienio jacobino, 1933, rebasaba apenas las cien mil hectáreas, las cuatro mil familias. El derrumbamiento de los precios agrícolas mundiales no propiciaba una reforma agraria de cuño revolucionario-burgués. Para cumplir el ciclo de la reforma, José Antonio Primo de Rivera calculaba quinientos años. Muchos años para una República que nació en el peor momento previsible del siglo xx; que tuvo ilusión y retórica, pero que ni dispuso de tiempo ni supo aprovechar el relámpago que le tocó en suerte histórica. El 20 de diciembre de 1932, el competente ministro catalán Carner publica una ley elemental que pudo ser revolucionaria: la del Impuesto sobre la Renta. Nadie le hace el menor caso. Los ecos de la visita gubernamental se van apagando en Galicia. Francisco Franco pasará en El Ferrol sus Navidades. Ni él, ni España, ni el mundo podían sospechar que Europa, en el paroxismo de su múltiple crisis, embocaba un año ominoso: el año nazi de 1933.

BIBLIOTECA JUDEȚEANĂ
„PANAIT CERNA"
FOND „TRAIAN POPESCU"
NR. [illegible] 338377

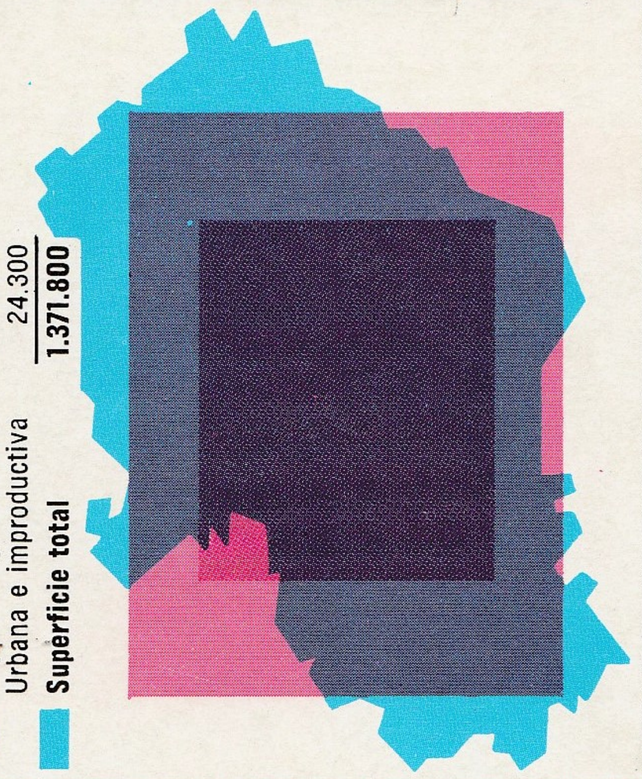
CORDOBA, 80 AÑOS



Una perspectiva **decimonónica** de la torre de San Nicolás.

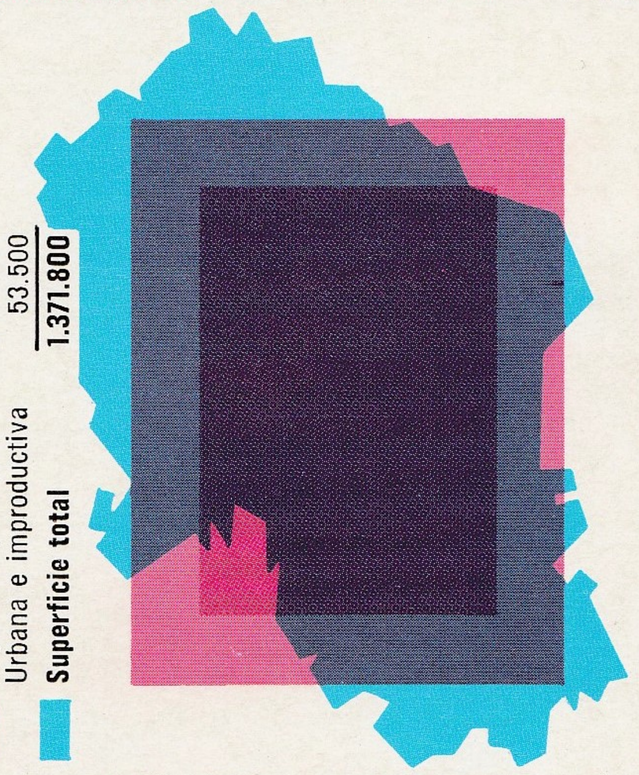
Desde el punto de vista demográfico, Córdoba ha sufrido una acusada inflexión negativa en los últimos diez años; tras haber alcanzado una población cercana a los ochocientos mil habitantes, la emigración a otras provincias más ricas ha llegado a invertir el signo de su evolución. En 1969 todavía primaba el porcentaje de población activa agraria sobre el de la industria y los servicios. Sin embargo, la aportación de este sector al producto provincial neto era ya solamente del 24 % (frente a un 53 % en 1949), mientras que las de los otros dos sectores eran, respectivamente del 28 y del 48 %: un gran retroceso del sector primario y un importante avance del terciario, que casi ha doblado su aportación en estos veinte años. En el sector agrario predominan los cultivos de secano (el 95 % de la tierra cultivada) sobre los de regadío. Entre los primeros destacan el olivo, con 266.300 ha., que hace de la provincia la primera productora de aceite de España, seguido de la vid y los cereales; entre los segundos, el maíz, las hortalizas y el algodón, que también coloca a Córdoba en un destacado segundo lugar nacional. En el terreno industrial, predomina la aportación del subsector derivado de la agricultura. Así, la industria olivarera, la vinícola (con el importante centro productor de Montilla) y la del desmotado del algodón proporciona casi un tercio de la producción de este sector. Sigue la metalúrgica derivada de la minería del plomo (en Peñarroya-Pueblonuevo) y del cobre, la de la construcción, la energética y la del cuero, muy tradicional. En renta *per capita,* Córdoba se ha estancado considerablemente en el período 1949-1969, ya que ha pasado de un puesto 33 en la escala nacional, con un 85 % sobre la media, al puesto 42 con un 65 % de esa media, pese a la reciente creación de un polo de desarrollo industrial, todavía en fase de arranque.

1890



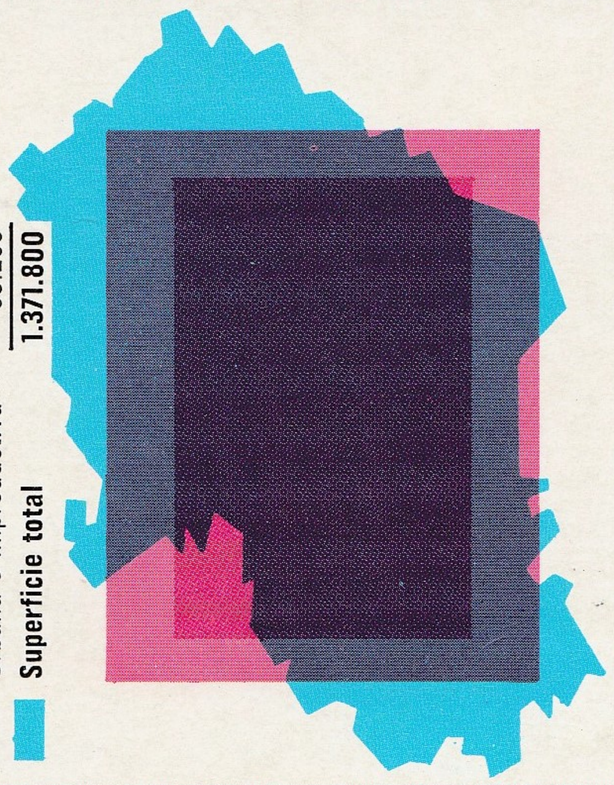
Superficie cultivada, has. 590.000
Otros aprovechamientos 757.500
Superficie productiva **1.347.500**
Urbana e improductiva 24.300
Superficie total **1.371.800**

1936



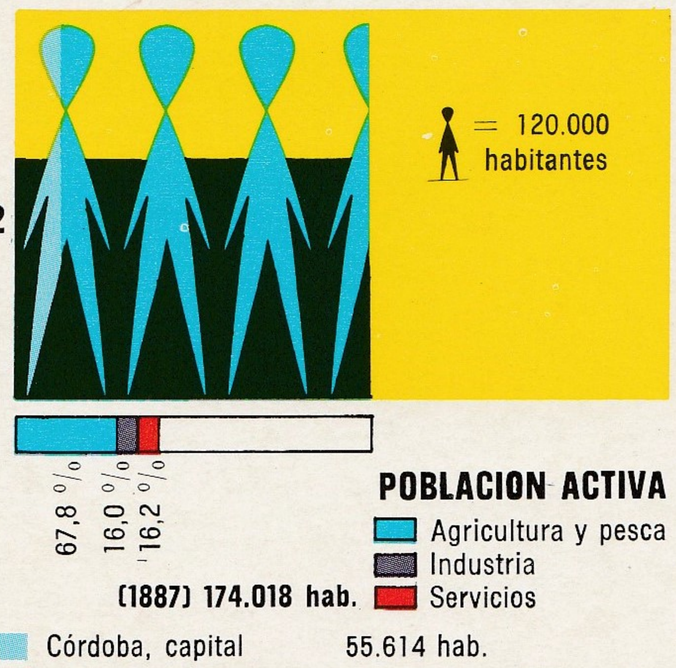
Superficie cultivada, has. 676.900
Otros aprovechamientos 641.400
Superficie productiva **1.318.300**
Urbana e improductiva 53.500
Superficie total **1.371.800**

1970



Superficie cultivada, has. 727.400
Otros aprovechamientos 551.200
Superficie productiva **1.278.600**
Urbana e improductiva 93.200
Superficie total **1.371.800**

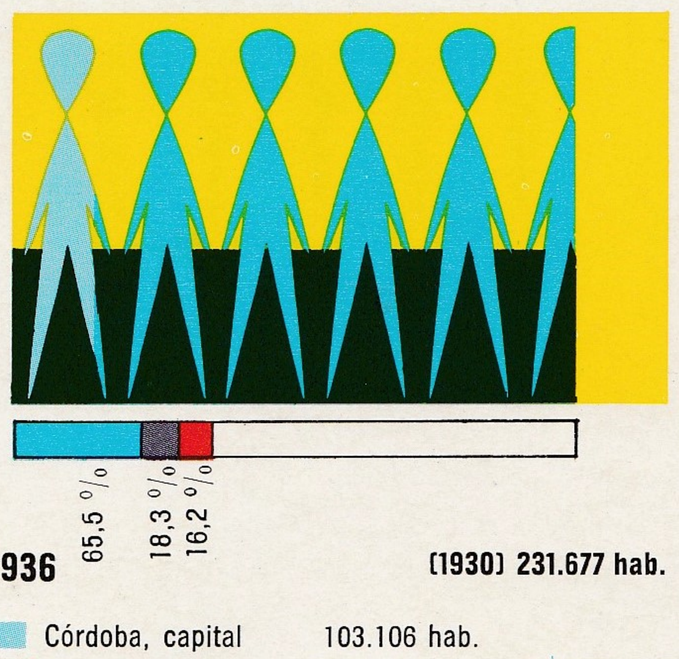
1892



POBLACION ACTIVA
Agricultura y pesca
Industria
Servicios

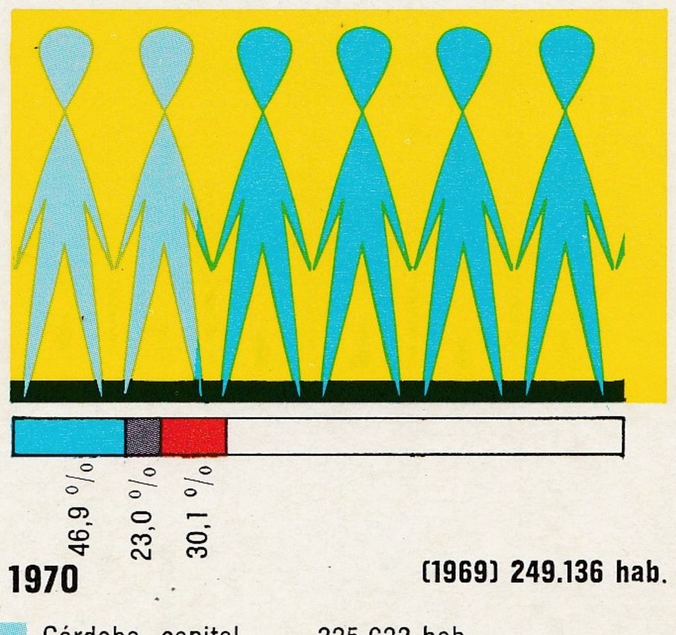
(1887) 174.018 hab.

1936



(1930) 231.677 hab.

1970



(1969) 249.136 hab.

POBLACION Y ANALFABETISMO ENTRE ADULTOS

Córdoba, capital	55.614 hab.	
Resto provincia	365.114 hab.	**420.728 hab.**

Porcentaje de adultos analfabetos = 62,1 % (1887)

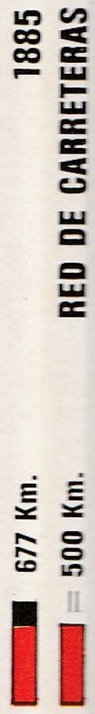
Córdoba, capital	103.106 hab.	
Resto provincia	565.756 hab.	**668.862 hab.**

Porcentaje de adultos analfabetos = 39,5 % (1930)

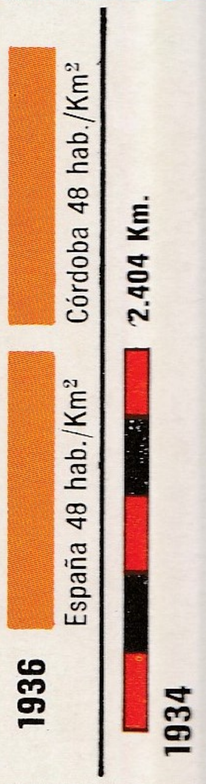
Córdoba, capital	235.632 hab.	
Resto provincia	488.484 hab.	**724.116 hab.**

Porcentaje de adultos analfabetos = 5,3 %

RED DE CARRETERAS



DENSIDAD DE POBLACION



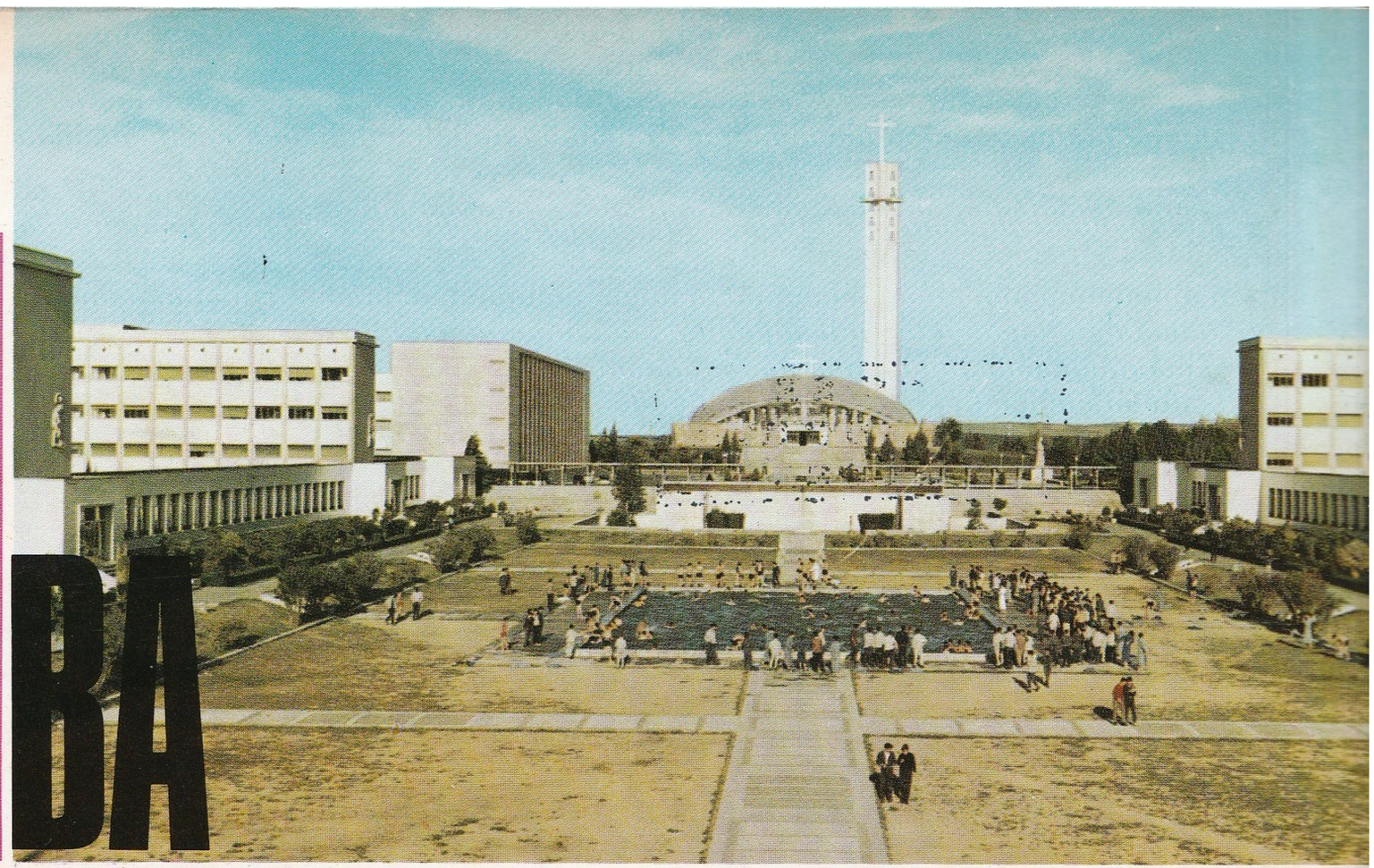




La plaza de José Antonio Primo de Rivera, popularmente conocida como "de las Tendillas"

FRANCO Y CORDOBA

1



2





1.-Instalaciones deportivas en la Universidad Laboral de Córdoba.

2.-Residencia de la Seguridad Social en la capital.

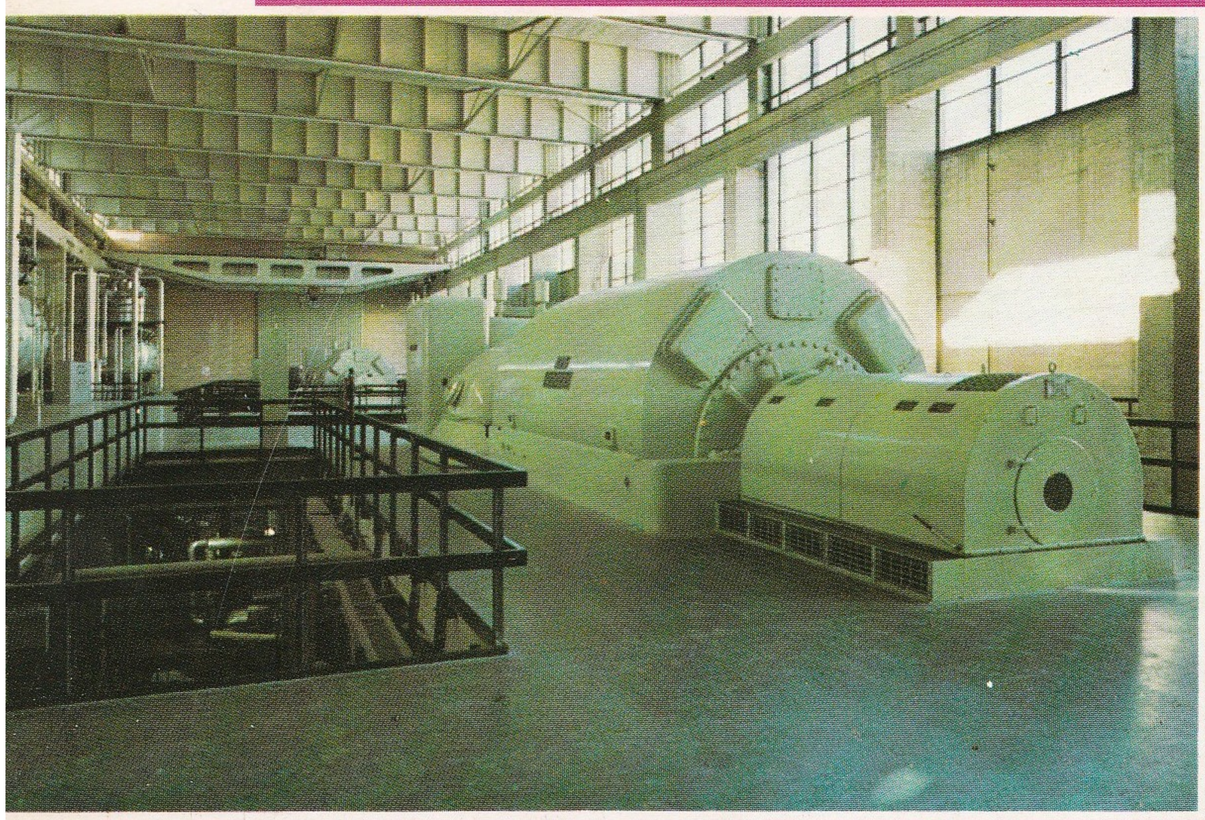
3.-Franco en Córdoba, en Abril de 1953, con motivo del homenaje al Gran Capitán.

4.-Central térmica de la ENECO en Puentenuevo.

5.-Una vista del parador nacional de la Arruzafa en Córdoba.

3

4





5

Biblioteca Judeteana
"Panait Cerna"
Tulcea
SALA DE LIMBI STRAINE
Nr. inventar 338377
338377